HEROES ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

LA TORRE DE PIEDRA

LEM RYAN



Datos del libro

Autor: Ryan, Lem

ISBN: 9788402092816
Generado con: QualityEbook v0.60

CAPÍTULO PRIMERO

EL silencio era compañero eterno de las polvorientas llanuras del sur, a un par de días de camino entre los mares de Galebur, al oeste, y la frontera cada vez más cercana del reino de Valania, al sur. Ningún sonido podía alterar el silencio en medio de aquellas inmensas soledades, en los olvidados yermos que parecían contemplar en silencio el transcurso de los eones sin inmutarse, para los que una noche podía no ser nada... o serlo todo.

Muchas noches fueron las que vieron pasar al tiempo sin parecer concederle la menor importancia. Noches de oscuridad y silencio. Pero fue el Destino y, quizá, algo mucho más tenebroso y sutil, los que perturbaron cierta noche el sempiterno silencio en las llanuras del sur.

Muy pocos humanos habían pasado por aquellas tierras. Era una zona inhóspita, desértica, muy diferente a las verdes campiñas que habían quedado atrás, al norte de aquel orgulloso reino. Sólo los ejércitos de los conquistadores pasaron años atrás ante la indiferencia absoluta de las montañas que las rodeaban y la arena amarillenta que pisaban. Y fueron ellos los que poblaron aquellas tierras del sur, hasta la mismísima Valania, que resistió el embate de los ejércitos.

Desde entonces ningún ser humano había pasado por allí. Había otras formas de llegar hasta los territorios del sur sin necesidad de pasar semanas cabalgando por aquellas tierras desérticas, bajo un sol abrasador e inclemente; el mar de Galebur era una de ellas. La más rápida y la más cómoda, sin duda alguna.

Pero aquella noche, una noche indeterminada entre las muchas que sumieron en la oscuridad a todos los reinos de occidente, todo fue diferente. El ruido de cascos rompió el silencio...

* * *

Los flancos del caballo estaban brillantes de sudor por su loco galopar. A su paso, sus cascos dejaban una nube de polvo flotando detrás. Y si el caballo y su jinete huían de algo, no sería difícil que sus perseguidores encontrasen su rastro.

Eso lo sabía el moreno gigante que, inclinado hacia adelante, espoleaba al soberbio alazán para que cabalgara, como el viento. Y también sabía que aquella loca huida podía hacerle caer reventado por el esfuerzo en cualquier momento, y eso en aquel lugar podía ser mil veces peor que cualquiera de los peligros que tuviera a sus espaldas.

Por eso tiró de las bridas, obligando al pobre animal a detenerse, con un relincho angustiado. Y, casi en el mismo instante, desmontó, corriendo hacia unos peñascos que señalaban el nacimiento algo tortuoso y difícil de un escarpado monte y que muy bien podría servirle como refugio hasta que llegasen los que le perseguían desde varios días atrás.

Su cota de malla estaba desgarrada y rota, cubierta por el polvo del camino, como el resto de su escaso atavío. Desde que abandonaron la ensangrentada tierra de nadie de la que apenas pudo escapar con vida, en la ya lejana ciudad-estado de Attalan, el viaje había sido muy largo y difícil, con frecuentes luchas que a menudo carecían de sentido.

¡Malditos todos aquellos cerdos attalanos y su afán por darle caza! Llevaban días y días detrás de sus talones, sin cejar en su empeño por matar al salvaje del norte que sólo había llevado infortunio hasta su país. Sin duda habría una fabulosa recompensa por su cabeza. Oro y territorios para quien llevase las cabezas de los soldados mercenarios que lograban escapar.

Pero él no dejaría que eso sucediera. Más de una vez se había enfrentado a muerte con la espada de cientos de enemigos en occidente... y siempre salió con vida, tinta en sangre su acero, para poder lanzar gritos de triunfo sobre los cadáveres de sus enemigos.

Días llenos de gloria fueron aquéllos. En más de una batalla había dejado la huella de su espada, el recuerdo de su nombre, en todos los reinos que crecían bajo los cielos de aquella época olvidada.

Y tendría mucho que luchar todavía para sobrevivir en aquellos

reinos que le eran extraños, tan lejos de su ya olvidada patria, en un mundo duro y violento, donde la Muerte era lo único que permanece constante e imperturbable, donde sólo se podía confiar en una buena espada empuñada con mano segura.

Se ocultó entre los peñascos, escalando la ladera hasta llegar a ellos con un facilidad increíble, como si toda su vida la hubiera pasado entre abruptas montañas y angostas quebradas. La luz de la luna iluminó durante unos instantes su figura, sus músculos poderosos, la desgarrada malla metálica que cubría su piel.

Era un guerrero. Un bárbaro llegado del norte, de una tribu sangrienta y feroz, temida en aquel territorio extraño y cruel donde nació. Un habitat qué resultaba casi prohibido para los civilizados hombres del sur, que decían de ellos que eran demonios hechos carne, que no conocían la piedad, que mataban por placer... Y que adoraban a extraños dioses de grotescos nombres.

Todo eso se decía. Y, en cierto modo, era verdad. Los pueblos civilizados no podían conocerles mejor. Por eso su ferocidad, su salvajismo primitivo, su ansia casi fanática de supervivencia, esculpían leyendas más o menos fantásticas.

Y tal vez eso era lo mejor.

Miró entre las piedras, asomando apenas su cabeza. Su ceñuda mirada relampagueó en las sombras, igual que su espada al salir de la vaina que le daba cobijo. La poderosa espada de durísimo acero quedó en su diestra, como prolongación de su propio brazo..

Y esperó...

Pegado a las rocas, lo único que podía ver era el paisaje nocturno de las llanuras desérticas, sus montañas... Nada, comparado con las altísimas montañas cubiertas de perpetua nieve que él recorriera siendo niño, cuando su mente no estaba llena de pensamientos de muerte, cuando lo único que movía a su impetuoso corazón era el afán de aventura. No había nada como aquellas montañas.

Allí abajo seguía su caballo, agotado sin duda como él mismo, después de tantos días, semanas incluso, cabalgando sin cesar. Pero nada más... Sus enemigos seguían sin aparecer.

Sin embargo, ¿qué era aquello que destellaba quebrando los rayos de luna en la distancia?

Oyó ruido de cascos, relinchos de caballos... Y murmullos

humanos, apenas audibles. Bajo la luz de la luna, dos figuras habíanse hecho visibles, mientras se acercaban hasta allí con paso mesurado, resoplando sus corceles por la durísima cabalgada.

Eran soldados attalanos, del poderoso ejército que había rechazado y vencido a las feroces mesnadas que intentaron conquistar su reino, entre las cuales se encontraba el bárbaro, un asesino que vendía su espada, su fuerte brazo armado, a cambio de una soldada. Reconocería en cualquier sitio su vestiduras, sus cascos, los escudos de plateado metal que llevaban.

Le buscaban. Habían estado días y días persiguiéndole desde que le descubrieron huyendo hacia los desiertos. Tenían como misión dar muerte al bárbaro mercenario y asesino llegado de ninguna parte. O sea, a él, al nómada sin patria ni pueblo que recorría los reinos civilizados en pos de la fortuna.

Ahora tenían la oportunidad. El hombre al que buscaban estaba allí, al alcance de sus espadas, y ellos lo sabían. Por eso escudriñaron los silenciosos montes que les rodeaban.

No eran muy precavidos. O tal vez no sabían la clase de enemigo que era aquel bárbaro de negros cabellos al que debían matar sin contemplaciones, y por eso confiaban en las habilidades adquiridas en la eterna Attalan... Y ése fue su error. Un error fatal, que también fue el último.

Porque, en ese momento, justo cuando los dos guerreros pasaban bajo los grandes peñascos donde se hallaba oculto, al bárbaro coloso de piel broncínea atacó. Y atacó con toda su furia, vibrando al grito de guerra de su tribu en la garganta, blandiendo la espada para abatirle certera sobre los guerreros. Atacó... y mató una vez más.

El soldado attalano más cercano no tuvo tiempo ni de levantar su escudo. Sólo le vio venir, saltando desde las rocas como una gran pantera blanca de las montañas, cruzando el aire su grito de batalla... Y el brillante acero le degolló con brutal precisión, separando casi su cabeza del tronco, antes incluso de que el musculoso mercenario llegase a tocar tierra.

Cayó muerto, casi decapitado por completo, entre una gran polvareda, y el caballo manoteó el aire, asustado, mientras el bronceado bárbaro de salvaje mirada venido del norte llegaba al polvoriento suelo, tinta la espada en sangre. Quedó ante el otro

jinete, con una expresión demoníaca en su rostro agrietado y moreno, dispuesto a matarle con un nuevo mandoble.

Pero aquel guerrero parecía más experto en el combate que su desdichado compañero: Su escudo paró el salvaje ataque del norteño, con fuerte choque de metal contra metal.

—¡Maldito perro! —silabeó, enfurecido, sacando su espada—. Tu sangre regará este, desierto cuando atraviese tu corazón. ¡Eso lo juro por todos los dioses de mis antepasados!

—¡Y yo juro que te reunirás con todos esos dioses, ya que tan bien pareces conocerlos! ¡Eso es lo que juro!

Un nuevo ataque... y de nuevo el escudo salvó la vida del attalano. Pero un caballo es difícil de dominar sin mano alguna que lo guíe, incluso para un experto jinete. Y un hombre no puede conservar el equilibrio cuando su montura se desboca.

Sin embargo, el guerrero de pulido y brillante casco sin ornamentos no llegó a notar el choque contra el suelo del desierto. La gran espada del extranjero norteño segó su vida cuando estaba a punto de caer, atravesando su pulmón derecho por debajo de las costillas y saliendo la ancha hoja de acero por su omoplato, con destrozo espeluznante del que es imposible que un ser humano salga con vida.

La sangre bañaba de nuevo aquella espada, enrojeciéndola, gateando lúgubremente hasta la abrasadora arena que la absorbía con facilidad. Una vez más el norteño sentía el sombrío aleteo de la Muerte revoloteando sobre él, reclamando las víctimas que dejaba en su camino, mientras se alzaba triunfante sobre los cadáveres sin vida.

El silencio volvía a apoderarse del lugar. Pero era aquél un silencio que hablaba de muerte y destrucción, que parecía reprocharle haber matado en aquel extraño lugar olvidado hasta por los dioses. No supo por qué, pero miró en tomo antes incluso de enfundar su espada, contemplando con recelo instintivo las monstruosas formas de las montañas en sombras... Y un escalofrío erizó el vello en su nuca.

El no pertenecía a aquellas tierras de civilización e hipócritas maneras. Era un bárbaro ignorante, astuto y orgulloso, bueno para luchar... Pero su cultura no era tanta como para acallar la voz de su instinto.

Había algo de extraño, maligno, en aquel lugar, escondido tal vez entre aquellas sombrías piedras que la lívida claridad de la luna no conseguía iluminar más que en parte. Sentía una presencia invisible, vigilándole como él hiciera antes con los dos pálidos jinetes que ahora yacían sin vida. Y eso le arrancaba escalofríos desde lo más profundo de su alma.

Más de una vez sintió cosas parecidas, en el campo de batalla, cuando sólo era un muchacho que ya empezaba a sentirse hombre y se enfrentó contra los pálidos gigantes de Basonia. Era como si voces milenarias, que formaban parte del hombre desde que el mundo es mundo, le guiasen, le ayudasen…

¿Magia extraña? ¿La voz de los dioses? ¿O, simplemente, poderes que el hombre siempre tuvo, que se atrofiaron cuando se convirtió en un animal civilizado pero que están ahí, escondidos dentro de él?

Se dijo que no había nada que temer, que aquello estaba desierto y sólo las alimañas podían sobrevivir en un lugar como el que ahora tenía ante sus ojos. Y enfundó su espada, tras limpiarla con las ropas de los caídos de la sangre que cubría su hoja.

Allí continuaba, su caballo. Y los de sus enemigos muertos. Pero sería imprudente y casi suicida continuar el viaje tal como estaban él y el animal, al borde del agotamiento. Mejor era descansar durante la noche y cuando el sol asomara por el este, mostrando sus primeros rayos a la mañana, partirían de nuevo.

Sujetó sus bridas a una roca. Y después arrancó de su cuerpo los restos destrozados y polvorientos de su cota de malla, la misma que le había salvado ante flechas y espadas cuando intentó asaltar las murallas de Attalan, con el resto de las ahora derrotadas fuerzas irregulares de Dakin-Sha, dejando su poderoso torso desnudo. Ya de nada servía, salvo para molestar con aquel maldito calor golpeando su cuerpo.

Larga sería la noche. Convenía aprovecharla. Pero no antes de asegurarse de que ninguna sorpresa iba a turbar su sueño. Son muchos los peligros que pueden acechar a un hombre en los lugares donde el agua y el alimento escasean.

Escaló la tortuosa garganta con suma facilidad, como sólo podría hacerlo un hombre acostumbrado a vivir entre montañas. Tal vez los mismos animales que podían representar un peligro para él,

servirían para calmar las mudas ansias de su estómago, ya que no parecía existir nada mejor en cuanto alcanzaba su vista. Eso, si allí podía conseguir algo de pitanza, por exigua que fuera, cosa que en algún momento llegó a dudar.

Fue entonces cuando sus ojos lo descubrieron, allí, donde él antes creyó que no había nada...

—Demonios de Tebesh... ¿Qué es eso?

No había nadie que pudiese contestarle. Y probablemente, aunque ese alguien hubiese existido, tampoco sabría qué responder.

¿Quién en todos los reinos que bañaban los mares de Galebur había oído hablar jamás de algo parecido, en una tierra donde el hombre era sólo un recuerdo lejano de gloriosos tiempos de conquista?

Era una torre... Una torre de piedra, recortándose entre las sombras de la noche y los peñascos de la montaña, como un gigante inmóvil que parecía observarlo todo con ominosa mirada. Una torre que tal vez no había sido construida por manos humanas, pues tales fueron los pensamientos del bárbaro.

Y estaba allí, donde poco antes no existían más que piedras y silencio, surgida de la nada por sólo los dioses sabían qué diabólicas hechicerías y qué oscuros motivos.

Mientras se acercaba cauteloso, con la siniestra fuertemente cerrada en la empuñadura de su envainada espada, observó que la única abertura en la extraña torre de piedra gris era una solitaria ventana en lo más alto, justo debajo de lo que sin duda en otros tiempos fue una almena. No había puertas, ni agujero alguno. Sólo aquella pequeña ventana llena de negrura y misterio que difícilmente podía servir como acceso a la torre para algún temerario e improbable loco que quisiera entrar.

No sería él, desde luego, quien lo intentase. Temía y odiaba todo cuanto olía a brujería, a fantasmas y espectros que su espada no podía tocar. Cuanto más lejos estuviese de brujos y demonios, mejor.

No sentía la menor curiosidad por averiguar lo que había dentro. ¡Allá el pasado con sus misterios! Poco le importaba a él lo que pudiese esconderse tras aquéllas piedras viejas de siglos, fuese obra humana, recuerdo de otros tiempos y otras gentes o producto de obscenas artes que nada tenían que ver con los hombres.

Tal vez aquel sitio no era tan bueno para descansar, después de todo. Se convenció de ello al ver muy cerca de sus botas un cráneo descarnado y horrible, como macabro broche a sus pensamientos. Era el cráneo de un hombre, mirándole desde más allá de la Muerte, con diabólica sonrisa.

El sueño de los muertos no debe de ser turbado. Eso era algo que nadie discutía en aquellos sangrientos y difíciles tiempos. Y, desde luego, era algo que nadie, por salvaje o civilizado que fuese, se atrevía a quebrantar, porque a veces los muertos pueden ser más terribles que los vivos.

Preferible era dejar tranquilos a los fantasmas de los que murieron en aquel extraño lugar, sin despertarlos. No quería tener sobre su cabeza una maldición del pasado, la venganza de seres que dejaron el mundo de los vivos de una forma que él prefería ignorar.

Un sitio como aquél no podía albergar nada bueno. Y pensaba que tal vez hasta la muerte allí podía ser distinta y más espantosa. Prefería no saberlo. Por eso inició el regreso por la montaña.

No se habría enterado de que también la Muerte puede llegar del cielo si su agudo oído no hubiese captado el leve rumor sobre su morena cabeza, sin previo avisó. Y tal vez su muerte habría sido horrenda si sus reflejos no hubiesen respondido con la suficiente rapidez.

Se lanzó de cabeza, sin mirar qué era lo que se abatía sobre él. Y las piedras acogieron su caída con brutal dureza, provocando intenso dolor mientras notaba que algo, una sombra sobre las piedras, pasaba por encima de él en completo silencio.

Cuando se levantó, con su espadón ya en la diestra, escudriñando los cielos con los dientes apretados, todo su cuerpo tembló. Algo tapaba el resplandor de la luna, agitando unas grandes alas membranosas para mantenerse en el aire. Y lo único que le fue dado ver era su oscura silueta, mientras ésta se arrojaba de nuevo hacia él desde las alturas.

Su espada quebró los rayos de la luna, girando mortalmente en enloquecidos mandobles, interponiéndose entre él y aquel ente con desesperación Y el guerrero del helado norte sintió que el acero rasgaba la carne del demonio alado, salpicando la sangre su cuerpo semidesnudo, con cada arco de plata que trazaba en la noche.

Los chillidos de la criatura herida retumbaron en su cabeza. Pero

el miedo aún parecía darle más filo a su espada y seguía golpeando una y otra vez…

—¡Muere, demonio sin nombre! ¡Muere!

Pero el ser infernal no cayó sin vida. Con la espalda roja por la espesa sangre de la bestia, el bárbaro vio cómo se alejaba la sombra alada, profiriendo desgarradores chillidos de dolor. Y se dirigía… ¡hacia la torre!

No quiso ver más. Espoleado por el pánico, tomó su caballo y se alejó de aquel lugar maldito, llevándose consigo las otras dos monturas. Había varias jornadas de camino hasta su destino y le servirían para poner distancia por medio.

Detrás quedaban, entre el polvo de la llanura, los cadáveres de los dos soldados, cuya sangre humedecía la arena. Y una torre de piedra, vigilada por algo que no era humano, que habría llegado desde lejanos confines…

CAPÍTULO II

EL sol estaba alto en el horizonte cuando los cálidos y fuertes vientos que recorrían las murallas pudieron ver sobre la quebrada de una montaña una espléndida figura de mujer. Una mujer de largos cabellos dorados y piel curtida por el inmisericorde sol de cientos de lugares a lo largo y ancho de todos los reinos del este que sus botas pisotearon. Una mujer cuya mano siniestra estaba apoyada en la brillante empuñadura de un largo sable que pendía de su cintura opulenta y rotunda. Una mujer de aspecto fiero y agresivo, vestida tan sólo con una pequeña armadura formada por plateadas placas de metal, cubriendo sus senos poderosos y la intimidad de su vientre.

Una mujer llamada Iana, ladrona y asesina, allá donde iba, por lejos que fuese, cuyo acero se había bañado más de una vez en sangre humana. Llevaba mucho tiempo cabalgando por los desérticos parajes del sur, que en nada se parecían al verdor y esplendor vegetal que cubría las tierras donde ella nació... Demasiado tiempo, tal vez, cabalgando sola. Y demasiado era el calor que parecía pegarse a su espléndido cuerpo, que tantas veces engañara a los hombres con su aparente fragilidad.

Sus ojos reflejaban estupor al mirar la llanura que se extendía más allá. Y tal vez sus labios murmuraron el nombre de algún dios o demonio adorado en los bosques de donde venía, mientras el viento agitaba sus rubios cabellos.

Su exclamación, sin embargo, se perdió con el aullido del viento. Y si los dioses la oyeron, ni siquiera ella podía asegurarlo. Aunque suponía que de poco servía, pues los dioses ya no hacían caso a los hombres en esta oscura época.

No se podía confiar la propia vida a los viejos demonios de las

mitologías, oscuras deidades que sólo podían traer desgracias a quienes las invocaran. Sólo un poderoso brazo armado, un buen acero y el deseo de sobrevivir a toda costa, podían salvar la vida del necesitado en un mundo tan duro y salvaje. Era, una vez más, la ley del más fuerte...

Y ella era fuerte. La vida le había enseñado a serlo, a matar cuando era menester, a engañar una y otra vez para sobrevivir en medio de la más atroz de las pesadillas, que era la propia vida...

Y ahora esas enseñanzas salían a flote, cuando a sus espaldas alguien la vigilaba, cuando tras ella unas botas pisaban con felina cautela el sudo sembrado de piedras y rocas. Ningún ruido llegó hasta ella; la figura se movía con la misma amenazadora agilidad de un gran gato de las montañas. Pero Iana no era una delicada damisela de Valania, ni una castellana frívola como las que habitaban todos los palacios, buena para nada...

¡Era Iana, la asesina de la floreciente Thaaron! Y sus reflejos eran tan buenos como los de cualquier guerrero con los que había cruzado su espada. Se revolvió con centelleante rapidez, la espada ya en su diestra, dispuesta a perforar con ella la garganta del osado que con tanto sigilo se le acercaba. Pero no lo hizo. Al reconocer la burlona y morena figura del coloso bárbaro que, con la espalda apoyada en una gran roca y los brazos cruzados ante el poderoso torso, se erguía ante ella, detuvo su mano.

—¡Araakh! Podía haberte matado. Si...

El guerrero se limitó a sonreír, observándola con el entrecejo fruncido. Parecía cansado, pero era difícil saberlo con certeza en él. Ni siquiera ella, la mujer que le acompañaba en sus sangrientas correrías por los reinos del sur, podía asegurarlo.

—¿Es así como recibes a tu recién encontrado camarada? Por Bheron, mujer, esperaba otra cosa...

La gélida mirada de la asesina thaaronia no se apartó un centímetro del hombre. Su sonrisa hubiese inquietado a cualquier otro, pero no a su compañero de las frías montañas nórdicas.

—Todavía puedo atravesarte, si eso es lo que deseas...

Pese a sus palabras, la mujer enfundó el acero, suavizando su expresión mientras el bárbaro se acercaba a ella. La suya era una mirada de amor, de auténtica pasión primitiva hacia aquel guerrero extranjero venido de lejanas tierras donde la batalla es la vida y la

nieve tan espesa que se puede caminar sin dificultades sobre ella. Estaba enamorada de aquel bárbaro de negros cabellos, tan perdidamente enamorada como nunca antes lo estuvo.

—No, no es precisamente eso lo que deseo… —susurró, ronco—. Te he echado de menos, mujer, y eso es algo que nunca antes me había pasado. Y ahora que no tenemos a ningún perro attalano cerca, podemos…

—Detén tus manos. No creo que éste sea el lugar adecuado, mi bárbaro. No lo creo… Supongo que te librarías de los que nos perseguían, después de separarnos.

—Sus cuerpos están pudriéndose bajo el maldito sol de este desierto… Pero dejemos eso. Nuestro destino aún está lejos y yo necesito tus brazos, mujer…

—Y será mejor que te vayas enfriando y olvides tu pasión hasta mejor momento, si no quieres ver tu cabeza clavada en lo alto de una pica —el gesto de Iana era grave—. Este lugar es demasiado peligroso como para saciar nuestros deseos en él. Y si no me crees, mira tú mismo, más allá de esas rocas que el sol parece derretir…

Y Arakh miró, siguiendo sus ojos acerados la dirección del brazo extendido de la mujer-guerrero, que señalaba la llanura. Miró… y vio lo que no esperaba ver en aquel momento.

Una ciudad…

De gruesas murallas alzándose bajo el sol abrasador. De floreciente hermosura, bien visible desde la altura de aquella atalaya natural, increíble de verdad en medio de aquel desierto, aunque muy cerca un caudaloso río, el único tal vez por aquellas tierras, regase la reseca arena.

Pero sus grandes portones no estaban abiertos, como sucedía en las demás ciudades por las que pasó desde que abandonó su aldea entre las nieves. Nadie entraba ni salía de aquella gran ciudad. Y la razón estaba allí, entre la amarillenta arena y las duras piedras.

Casi un centenar de cadáveres se corrompían al sol, como resultado de una cruenta batalla casi en las puertas mismas de la hermosa ciudad amurallada. Casi un centenar de guerreros alfombrando la caliente arena, empajándola de sangre ya seca y oscura, llenando de muerte la llanura…

—¡Por la sangre de Tebesh! Hemos salido de un campo de batalla para llegar a otro. Pero ésta no es Valania todavía, ¿verdad?

—No —oyó tras él la voz de Iana—. Valania está más al sur, a varios días de camino. Por lo que sé, esto debe ser Nkai, la única ciudad entre la frontera de Valania y los mares de Galebur.

Arakh no perdió de vista los cuerpos masacrados, la horrible escena de muerte que sembraba el camino hacia la amurallada Nkai. Y durante unos instantes recordó las gloriosas batallas en que se enzarzó su pueblo durante siglos. Batallas en las que él nunca llegó a participar, pero cuyas víctimas vio siendo sólo un niño, cuando su madre le sacó a pasear por el campo de batalla, entre las nieves que cubren las heladas montañas que le vieron nacer.

—Recordaré este día con alegría, loado sea Tebesh. —Sonrió aún más ampliamente, erguido como estaba ;sobre las rocas del acantilado—. Y juro por todos los dioses de mi perdida raza que aún sería más mi alegría si ninguno de esos perros hubiese sobrevivido a la matanza, si esa ciudad ardiese hasta sus cimientos. Estoy harto de esta tierra envenenada y de sus hombres...

—Guarda esa lengua, bárbaro. —La voz de Iana sonó dura a sus espaldas, como cargada de venenosa ira—. Nada tenemos que ver con esas gentes. Procura entonces no irritar a los dioses de esta dormida tierra...

—Nada tengo contra sus dioses, mujer. Ni pretendo ofenderlos con mis palabras. Pero tampoco puedo evitar maldecir mi fortuna. Tenemos una lucha ahí y, por la infame sombra de Bheron, me encantaría participar en ella y sacar algo de este maldito reino. Pero allá los locos con sus locas guerras. Tengo heridas que curar y la sangre me hierve, ¡maldita sea! Vámonos. Esta no es mi lucha...

—Ni la mía, bien lo saben los dioses. Pero no tenemos más remedio que entrar en Nkai. Si no, jamás saldríamos con vida de este desierto.

Quedóse pensativo el guerrero. Iana decía la verdad: los caballos no aguantarían más si no descansaban en algún sitio. De los tres que llevaba él, sólo uno había concluido con vida el viaje hasta allí... Y, por si fuera poco, no tenían comida, y apenas agua en los cerrados pellejos que llevaban consigo.

Valania estaba todavía demasiado lejos.

—Sea, pues... Nadie nos aguarda en Valania. En cambio, aquí los buitres están demasiado atentos a lo que pueda pasarnos. Daremos descanso a nuestros traseros en esa maldita ciudad, pero no por

mucho tiempo...

—Eso es más fácil de decir que de hacer, norteño. —Se acercó a él la mujer, colocándose a su derecha, con un pie de las rocas enhiestas sobre el abismo—. Nkai está en guerra. Sus puertas están cerradas, y los guardias nunca nos dejarían pasar...

—Bien:... —se encogió de hombros el guerrero, desdeñoso, con torva sonrisa—. ¿Quién dijo que viviríamos siempre? Lo mismo da morir aquí que en mitad del desierto. Los buitres tendrán su festín, de todas formas.

No había terminado de decir aquellas palabras, y ya estaba bajando por la abrupta quebrada, buscando con pies y manos los salientes adecuados entre las rocas para descender con una habilidad que muy pocos mortales podían soñar en poseer. Había nacido entre montañas, había vivido entre montañas... Ahora, se sentía como en su casa, después de una eternidad de vagabundeo. Y, sin embargo, aquello no podía compararse a los escarpados montes de su aldea natal, donde cada paso era una trampa, donde ascender a ellos era un sueño... y bajar, algo imposible para los humanos.

Más insegura y barbotando sonoras maldiciones blasfemas contra su secuaz, sintiendo a pesar suyo un pánico atroz que la hacía temblar cada vez que se movía o al resbalar la roca entre sus dedos, Iana también bajó. Y tuvo que desplegar para ello mucho más valor del que se posee normalmente al enfrentarse con bien afiladas espadas.

Tardó más que el bárbaro, naturalmente. Pero lo suyo tenía más mérito, pues su ambiente natural eran los verdes bosques donde en otro tiempo estuvo hasta convertirse en una mujer-guerrero perseguida por la ley, con muchos crímenes sobre su rubia cabeza. No había montañas como aquéllas en Thaaron...

Cuando ambos se reunieron, ella estaba jadeante y con todo su cuerpo bañado en sudor. Arakh prefirió no comentar nada y sí iniciar lo que muy bien podría ser el camino hacia una muerte sin remisión.

¡Y casi estuvo a punto de suceder lo que temían...!

Ante ellos estaban ya los cadáveres atravesados y rotos de los guerreros que se habían enfrentado en la llanura, frente a los cerrados portones de gruesa madera de Nkai. Más de un estandarte

apareció ante sus ojos, entre el caos de muerte. Uno de ellos era el que ondeaba en todas las ciudades-estado de Valania, el reino cuyas fronteras ambos querían atravesar. El otro, en cambio, pese a tener el mismo campo esmeralda que las banderas de Attalan, no era igual. En ella campaban extraños signos de una lengua que en nada se parecía a la que ellos conocían y que el bárbaro apenas farfullaba con fuerte acento extranjero. Signos que ni Arakh ni Iana podían leer aunque hubiesen querido, pues era poca la cultura que ambos poseían; pero desde luego no pertenecía a ninguno de los reinos por los que sus espadas pasaron.

El sol abrasador del desierto había dejado durante muchos, muchos años, tal vez siglos, su huella sobre la piel de los hombres de Nkai. Eran mucho más oscuros que sus atacantes valanios. E incluso más que el mercenario...

Fue entonces... Tal vez llevaban esperando allí más rato y por eso los vieron bajar por la pendiente rocosa. En todo caso, los pormenores no importaban demasiado.

En una guerra, no siempre mueren sólo las huestes que se enfrentan. Hay muchas víctimas, y poco importa que sean o no guerreros capaces de defenderse. Si no eres de un bando, eres del otro... y caes bajo el filo carnicero, aunque no tengas nada que ver en la lucha.

Eso era probablemente lo que pensaban los guerreros que de pronto surgieron entre las rocas, torvos de gesto, resplandecientes las espadas bajo la cegadora luz de un sol cada vez más insoportable. No reconocieron, o tal no quisieron ver, el aspecto salvaje y primitivo del enorme bárbaro. Sólo vieron su espada al cinto, el color bronceado de su piel... y creyeron hallarse ante uno más de los guerreros de Nkai, sus enemigos.

No sabían que ese error iban a pagarlo muy caro... ¡Con la vida! Y la gran espada de Arakh, aquella misma espada que pocos días antes mataba por una suculenta soldada, se ocupó de ello, convertida en un huracán plateado.

Uno tras otro fueron cayendo los hombres de pálida piel e inútiles escudos de metal. Y una vez más en poco tiempo, las montañas fueron testigos mudos de un sangriento combate, de dolor y muertes... Y los únicos sonidos que se levantaron entre el silbido furioso del viento en las piedras fue el entrechocar una y otra vez

de los aceros, el jadeo sordo de los combatientes, el horrible chasquido de la carne hendida, los lamentos de los moribundos...

Y no fue sólo el bronceado demonio del norte el que enrojeció su espada aquel día con sangre Valania...

También Iana, la proscrita y hermosa asesina Iana, se unió a la matanza para ayudar a su amante bárbaro. Sus dedos empuñaron con firmeza el ligero sable curvo que poco antes descansaba en su cintura, enarbolándolo con pasmosa facilidad.

—¡Aguarda, norteño! ¡Mi acero también pide sangre y, por la sangre de Tarlick, la tendrá!

Sorprendidos, sin posibilidad de reaccionar ante aquel torbellino de prieta carne morena y cortante acero, varios guerreros cayeron en su avance, abiertas sus carnes por el filo mortal. Y durante unos instantes, más que una mujer hermosa y deseable, pareció un oscuro ángel de venganza.

Y sus antagonistas de brillantes cascos sólo fueron hojas secas en medio de un frío huracán de muerte, que sólo pudieron caer degollados o con las entrañas escapando de su cuerpo, dejando su sangre en las piedras que poco antes les ocultaran.

Duró poco la lucha. Los vociferantes guerreros no presentaron la suficiente batalla, no fueron enemigos dignos para los dos asesinos... Y pronto el camino quedó libre, muertos o agonizantes los hombres que conquistaban en nombre de la orgullosa Valania. Sólo el gigante bárbaro y la mujer de rubios cabellos quedaban en pie, triunfantes en el frío silencio de la matanza.

Pero no terminaba allí el peligro. Alertados por el ruido del combate, más guerreros de pálida piel y desenvainadas espadas venían lanzando aullidos demoníacos, como atraídos por el olor de la sangre derramada. Y había deseos de muerte en sus ojos, una insana locura que lo llenaba todo.

Sin duda el campamento estaba cerca, cuando habían reaccionado con tanta rapidez. ¡Y pronto todas las hordas allí reunidas caerían sobre ellos! Podían muy bien acabar con aquella docena de soldados, pero... ¿De qué les serviría eso cuando cayesen atravesados por las lanzas, sin tiempo siquiera para rezar a sus dioses?

—¡Corre por tu vida, mujer! —alzó su voz, predicando al mismo tiempo con el ejemplo—. ¡Corre... y no pares hasta llegar a Valania,

si fuera necesario! ¡Esos perros sin nombre buscan nuestros apestosos pellejos!

Iana no replicó nada. Sólo corrió hacia el mismo lugar que su compañero, con una gracia felina y una, rapidez que para sí hubiese deseado cualquier hombre. Sus botas de piel apenas rozaban la tierra polvorienta, mientras se acercaban a los cerrados portones de la sitiada Nkai, única entrada entre las altísimas murallas de la ciudad. Y en lo más hondo de su corazón pidió a todos sus dioses que aquellas enormes hojas de madera y metal se abriesen.

—¡Por la sombra de Balem, si no abren juro que...!

—¡No estás en condiciones de jurar, bárbaro! ¡Sólo aferra tu espada...!.

Ya no podían correr más. Ante sí tenían las puertas de la ciudad, cerradas, tan silenciosas e inmóviles como siempre. Y detrás... la Muerte, dispuesta a cobrar sus presas para sumergirlos en los eternos y pavorosos abismos de la Nada, cuando sólo habían comenzado a vivir de verdad.

—¡.. y muere como un hombre, llevándote por delante a todos los que puedas!

Las espadas se cruzaron una vez más, brillando como relámpago de frío acero. Y no fueron ellos los primeros en caer. Sus aceros mordieron profundamente, con la furia enloquecedora que da la desesperación, sintiendo correr la sangre en sus venas como sólo puede correr en medió de una batalla. Y Arakh se sintió más vivo que nunca, mientras su espada se abatía una y otra vez y la sangre le salpicaba, escapando tumultuosa de los cuerpos ya sin vida.

Pero ambos sabían que seria cuestión de tiempo tan sólo. Tarde o temprano terminarían degollados ante las cerradas puertas de Nkai, que contemplaría su aniquilación sin inmutarse. Y si eso sucedía, él gritaría pidiendo venganza. Incluso más allá de la misma muerte...

Sin embargo, en ese momento, los portones de gruesa madera se abrieron con espantoso chirrido... ¡Y hombres de piel cetrina y espadas curvas en sus manos salieron para acabar con el invasor, uniendo sus aceros a los de aquellos dos esforzados extranjeros! Y si antes la ventaja del número estaba con los valanios, ahora lo único que podían hacer éstos era huir con el rabo entre las piernas, como perros cobardes que eran.

Horribles charcos de sangre se formaron ante la entrada de la orgullosa ciudad. Como sangre también era lo que enrojecía las ropas, las espadas, los cuerpos todos de las dos broncíneas figuras que habían venido repartiendo muerte hasta las murallas de aquella ciudad perdida en medio del desierto.

—¡Mira cómo corren, amado! —se carcajeó la mujer de dorado pelo, tan llena de sangre casi como su hercúleo compañero en la lucha, viendo correr a los escasos supervivientes, perseguidos y cazados sin piedad por los hombres de Nkai—. ¡Llevan fuego en el trasero! ¿Y esos son los temibles guerreros que asedian Nkai? ¡Tú y yo podríamos vencer a toda esa escoria junta!

—No mires, mujer, pero me parece que nuestros problemas distan mucho de haber terminado…

Iana se volvió, sabiendo ya de antemano que había algo de cierto en las palabras de Arakh. Y sólo pudo maldecir sonoramente al siempre venerado Tarlick, la suprema deidad de su pueblo que guiaba a los hombres en la batalla por haberles inspirado tan mal en aquella ocasión.

Las mismas espadas y lanzas que antes estuvieron a su lado, ahora les apuntaban a ellos, demasiado cerca las agudas puntas de sus corazones… Y ambos supieron en seguida que no haría falta una excusa demasiado grande para que aquellos hombres les alanceasen sin miramientos.

Por eso soltaron las espadas al unísono…

* * *

—No eres de los reinos que conozco… No eres de Valania, ni de Anthaes o Suran. Pero tampoco eres un guerrero de Nkai; tu piel no es tan oscura… ¿De dónde vienes, entonces?

Estaban ante el señor de Nkai, Cthur Ballis, amo de todo lo que sus ojos podían ver, de vidas y maravillas que sólo podían encontrarse en aquella exótica ciudad. Era un hombre delgado y de aspecto enfermizo, que sin duda sentía el enorme peso de la responsabilidad en sus débiles hombros ahora, con la ciudad rodeada por el ejército invasor. La corona áurea brillaba en su ceñuda frente, fijos sus ojillos en el bárbaro medio desnudo.

Había varios guerreros allí. Guerreros de facciones cetrinas y hermética expresión que cuidaban de su rey y vigilaban a los dos extranjeros desarmados. Y, aparte del propio Arakh y de Iana, había

otro hombre... y otra mujer. El hombre podía ser una especie de extraño sacerdote, o un hechicero, con su cráneo rapado, su rostro halconado y sus extraños ropajes. La mujer, en cambio, parecía salida de un harén valanio: de cabellos negros como la noche y ojos tan profundos como los fosos del infierno...

Buen trío, por los dioses. Eso era algo que Arakh no podía negar. Y sintió las miradas fijas en él y en su compañera, sintió admiración y recelo, desconfianza y fascinación... Y la fría, taladrante mirada de aquel extraño sacerdote de cráneo calvo...

—De muy lejos —respondió, altivo—. Demasiado, tal vez. Soy extranjero en estas tierras...

—Sin embargo, hablas nuestro idioma, aunque con acento bárbaro. Y tu acompañante también viene de lejanas tierras...

—Así es...

—Y tu espada era anthaesia.

—He viajado mucho. Y también estuve en Anthaes y en sus doradas ciudades, donde hombres y dioses se confunden en las calles.

Cthur Ballis enarcó una ceja. La mujer sonreía, contemplando su poderosa figura. Pero en aquel momento Arakh sólo vio la fijeza con que el silencioso hombre consagrado a dioses olvidados te miraba, inmutable siempre, como una estatua.

—¿Anthaes? ¿Es tan hermosa esa tierra como dicen?

Fue la mujer quien hablara, con entusiasmo. Pero después pareció encogerse sobre sí misma, ante la mirada helada del singular personaje que siempre estaba junto al monarca. Arakh supo que temblaba...

—Mi señora, no creo que éste sea el momento adecuado para frivolidades. Nuestros enemigos se preparan para atacar y nosotros estamos aquí, hablando con un ignorante salvaje que adora a dioses paganos...

—Su brazo puede sernos muy útil, gran sacerdote Akharis, si es tan poderoso como mis guerreros aseguran...

—Pero, majestad...

—No me interesan sus dioses, sacerdote, sino su espada.!. ¡Y dejemos ya esta estúpida conversación, en nombre de Bel! Si el llamado Arakh accede a ello, tendrá un lugar en nuestro ejército, a cambio de una buena soldada. Estamos en guerra, y toda ayuda es

poca... ¿Y bien, extranjero? ¿Cuál es tu respuesta?

—¿Esperáis obligarme con estas lanzas que me apuntan?

Bastó un gesto del monarca para que las lanzas se retirasen. Y Cthur Ballis sonrió.

—¿Y ahora, extranjero...?

—Esta no es nuestra guerra, majestad. ¿Por qué habríamos, de luchar aquí y dejar nuestra piel tal vez? Debe existir alguna razón... e importante por añadidura.

—¿Oro? —se echó a reír el señor de Nkai—. ¿Por un solo hombre?

—Somos dos, majestad: yo... y mi compañera...

Las risas ahora fueron atronadoras. Y también rió el sacerdote de cabeza monda, como contagiado.

—¡Por Bel, es... realmente hilarante! ¡Yo... cubrir de oro a un salvaje desarrapado y una mujer para... para que nos defiendan!

—Si tanta gracia os hace, dejadnos marchar...

—¿Dejaros? Tampoco puedo hacer tal cosa... No puedo arriesgarme a dejar libres a unos espías...

Las lanzas volvieron a apuntarles, a escasos centímetros de su cuerpo. La sonrisa seguía en los labios del monarca. Y también en los de Akharis...

—¿Por qué no los degollamos, majestad? —propuso el gran sacerdote, arrancando un escalofrío a Iana, que seguía al lado del bárbaro—. Podrían ser una buena ofrenda de sangre para Bel, la diosa protectora de Nkai...

—Sí, podría serlo... Pero por ahora prefiero mantenerlos encerrados, hasta que decida su suerte. Hay otros asuntos más importantes que atender. Debemos ocuparnos de los ejércitos que siguen en la llanura... Deben de estar preparando el ataque definitivo y tenemos que anticiparnos nosotros sin que lo imaginen siquiera, para expulsarlos.

En ese momento, dos guerreros de piel oscura entraron en aquella misma estancia. Arrastraban a un hombre ensangrentado, moribundo, al que soltaron a los pies de su rey como si fuese un perro despreciado, dejando que su rostro se estrellase contra b piedras del suelo. Era valanio, pero estaba más muerto que vivo. Poco era el tiempo que le quedaba a aquel pobre desgraciado.

—¡Por el rostro de Bel! ¿Quién es este perro agonizante? ¡Está

ensuciando el palacio con su sangre! ¡Hablad, estúpidos!

Las órdenes de Cthur Ballis eran leyes indiscutibles en aquella tierra sombría. Todos debían obedecerlas. Y eso hicieron los soldados, mientras hincaban la rodilla derecha en el duro suelo e inclinaban la cabeza en actitud servil.

—Descubrimos que no estaba muerto, mi señor, y le interrogamos. Pensamos... que tal vez nos diría algo sobre las tropas establecidas en la llanura...

—¡Hablad!

—Sí, mi señor... —la voz del guerrero se tornó ronca—. Nos dijo... que dentro de unos días tendrían refuerzos. No le creímos; le torturamos. Pero a pesar de eso juró y volvió a jurar que sería el propio príncipe Bakrin Sha el que comandaría las fuerzas invasores...

La delgada faz de Cthur Ballis estaba blanca como las nieves de la tierra perdida de Arakh. Miraba como aterrado al valanio moribundo, sin querer dar crédito a lo que había oído.

—¡No! ¡Mientes, sucio perro! —increpó al agonizante guerrero apartándole de una salvaje patada—. ¡Mientes! ¡Di que mientes o esparciré tus restos por todo el desierto! ¡Di que mientes!

Pero el guerrero no dijo tal cosa. Sus palabras apenas fueron audibles, pero tal vez los dioses le oyeron.

—Cerdo...

—¡Matadle!

No hizo falta que lo repitiese. El odio hacia los guerreros de la orgullosa Valania era allí algo tangible, se podía respirar... Y fue el odio lo que guió a la lanza que atravesó su corazón. El odio... y tal vez un terror invisible, que de repente parecía haberse apoderado de todos los presentes. Salvo, tal vez, del gran sacerdote de Bel, la deidad guardiana de aquella ciudad-estado...

—Bakrin Sha... El Príncipe Maldito... Dicen que es hijo de Astaktor, que nació en una noche sin luna, rodeado de cadáveres. Ha arrasado ciudades enteras en su insania, ha causado carnicerías espeluznantes... Y se cuenta que incluso bebe la sangre de sus víctimas para festejar la matanza.

—¡Tonterías de esos cobardes que adoran a Daloor y su cortejo de demonios! —alzó de pronto la voz el sacerdote de Bel—. El Príncipe Maldito es sólo un hombre, y como a tal se le puede matar.

Y si osa poner los pies en los alrededores de Nkai, la cólera de Bel caerá sobre él, como caerá sobre esos ejércitos que ahora nos amenazan.

Se alejó, perdiéndose su siniestra figura entre los pasillos del palacio. Pero Cthur Ballis ni siquiera le miró. Observaba con fijeza al bárbaro de negros cabellos y piel broncínea.

—Tengo una misión para ti, extranjero... Si la llevas a cabo con éxito, te cubriré de oro.

—¿Y de qué me servirá ese oro si me matan? Nada tengo que ver con ese príncipe loco, pero he oído hablar de él y por mucho que diga vuestro sacerdote, hará falta mucho más que la cólera de una diosa olvidada para acabar con él y sus ejércitos. No pienso enfrentar mi acero con ellos...

—Nadie te ha, pedido eso, extranjero. No deberás enfrentarte a nadie, sino cabalgar como nunca en tu vida lo has hecho, guiado por uno de mis hombres, hasta la ciudad de Duran. Son aliados nuestros y acudirán a la llamada. Juntos, venceremos al ejército valanio. Y tu llevaras el mensaje hasta allí. Esa mujer que te acompaña quedará aquí como garantía de que regresaras. Después, ambos podréis marchar con todo el oro que puedan llevar vuestras monturas. Si no, seréis decapitados ahora mismo.

Arakh miró a Iana, siempre con las lanzas contra sus cuerpos. No había elección posible...

CAPÍTULO III

NO fueron muchas las horas que el bárbaro del norte pasó descansando después de tan largo camino a través de los desiertos. La premura con que el rey Cthur Ballis deseaba que efectuase aquella misión denotaba el temor que sentía de enfrentarse con sus menguadas fuerzas, no acostumbradas por otro lado a guerrear en un país donde sólo había soledad, al poderoso ejército valanio, conquistador en otro tiempo de todas las tierras que se extendían al sur. Sin embargo, no osó discutir sus órdenes cuando por medio estaba el maravilloso brillo del oro.

Y aunque era una misión de paz, de fraternidad entre dos ciudades que necesitaban defenderse del avance invasor, y el único peligro estaría en las puertas de Nkai, Iana se despidió de él con una pasión desbordante, nacida de la incertidumbre, del temor. Sabía que Arakh regresaría. Siempre regresaba. Pero no deseaba olvidar en ningún momento el amor que había entre ellos, ni que él lo olvidase. Por eso gozó de él hasta el límite, hasta quedar relajada y feliz para esperar el regreso del guerrero y que aquello se repitiese.

Después, nada había en Nkai que pudiese demorar aún más su partida. Y con lo imprescindible para subsistir durante un par de días, la espada al cinto, un arco y la aljaba cargada de flechas en la espalda, y un veloz caballo entre las piernas, se aprestaron a partir él y un barbudo guerrero de oscura piel que sería su guía en aquellos desiertos que tan poco conocía.

Era de noche y la luna estaba alta en el firmamento, hermosa y pálida como una novia virgen, contemplando el devenir de los siglos y las locuras de los hombres desde lo más alto de la bóveda celeste, entre el eterno titilar de las estrellas, allí donde sólo los

dioses pueden llegar. Y bajo aquella luna redonda y lívida toda una ciudad vigilaba al invasor que tenían al otro lado de las murallas, presta siempre para el asalto. En cualquier momento podía producirse el ataque, tras un asedio de días. Pero si eso sucedía, Nkai repelería al invasor con la protección de aquellas murallas.

Sin embargo, no podría resistir un sitio muy largo… Por eso era necesario conseguir refuerzos.

Vio de pronto toda una procesión dirigiéndose al templo sagrado de la ciudad. Eran acólitos y sacerdotes de Bel, formando con sus velones encendidos una auténtica serpiente de luz que poco a poco se acercaba al templo.

Miró a su barbudo compañero de atezado rostro. No parecía un tipo muy hablador. Ni simpático. Pero tampoco él lo era, después de todo.

En aquellos tiempos de brutalidad y salvajismo primario a un hombre se le valoraba por su arrojo en el combate. Poco importaba todo lo demás. Y si era tan buen guerrero como le dijeron, no cabía duda de que sería el compañero ideal para aquella misión.

—¿Qué es lo que sucede ahí?

—Una ofrenda de sangre, guerrero. —Sus ojos relampaguearon en la tez broncínea—. Un sacrificio humano… Sólo así responde la diosa a nuestras llamadas. Sólo así Bel toma forma y se hace presente.

—¿Bel? Nunca antes oí hablar de vuestra diosa tutelar en ninguno de los reinos donde mi caballo ha dejado las huellas de sus herraduras. Pero cierto es que vengó de unas tierras donde los dioses no se hacen carnales y sólo sirven para dar más fuerza a un brazo y valor en el combate…

—Entonces, mírala, extranjero. Contempla su belleza, porque tras ella se esconde todo el poder de la oscuridad, porque ella es la señora de la noche, y ya dominaba el mundo desde el principio de los tiempos, cuando Daloor y todos los demás dioses paganos eran sólo los sueños de un loco. Ahora sólo nosotros la adoramos, pero en otros tiempos ya muy lejanos todo estaba a sus pies…

Apuntaba… a la luna. Su dedo índice la señalaba a ella, al plateado disco que llenaba de lívida claridad todo bajo la negrura celeste. Ella era la diosa Bel, la omnipotente divinidad tutora de Nkai en que tan fervientemente creían hombres y mujeres,

sacerdotes y guerreros.
Arakh miró la luna. Muchas veces la había contemplado a lo largo de sus viajes por los reinos occidentales, durante las largas noches de insomnio. Muchas veces había preguntado a la noche, la había preguntado ella, a la luna. Y ahora se preguntó si de verdad un hermoso rostro de mujer le miraba desde las alturas o si serían figuraciones suyas...
No pudo evitar una sonrisa sarcástica.
—¡Tebesh se me lleve! Extraña tierra esta que adora a la luna y llena de sangre sus noches para que una diosa muda responda a sus plegarias...
—¡Eso es blasfemia, infiel! Y nadie mancha el nombre de Bel ante mi presencia...
—Retira la mano de tu espada, loco, o tu rey se quedará con un guerrero menos entre sus ya menguadas filas —silabeó Arakh, dura su expresión, sin mirarle siquiera mientras cabalgaban al paso—. Siempre he respetado a todos los dioses, conocidos o desconocidos para mí. Nunca he deseado sufrir la ira de una divinidad vengadora. Así que deja el acero y no te atravesaré ahí mismo, porque si me obligases ni tu diosa de pálido rostro te salvaría... Olvidemos esto, ya que hay cosas más importantes que nos reclaman.
—Sea pues, infiel —asintió con furia el guerrero—. Pero llegará el día en que esos dioses en los que crees no te servirán para nada. Y entonces Bel reirá sobre tu cadáver degollado...
Arakh enarcó una ceja mientras se abrían los recios portones de la ciudad. ¿Qué había querido decir...? Tal vez tendría que permanecer más alerta de lo que pensaba en un principio, y vigilar al hombre que Cthur Ballis, soberano de Nkai, había señalado como su guía en aquella aparentemente fácil misión.
Salieron poco después a galope tendido por las puertas de Nkai, levantando los potros el polvo del desierto con sus fuertes pezuñas. Toda preocupación anterior se borró de la ágil mente del bárbaro, mientras espoleaba a su caballo y advertía movimiento frenético y gritos entre el resplandor de las hogueras encendidas que iluminaban la llanura.
Maldijo entre dientes a toda Valania cuando las flechas silbaron buscando su cuerpo bronceado. Y se alegró de que la puntería de los arqueros fuese tan torpe como sus cerebros, sin cesar en su alocado

cabalgar y sin mirar en ningún momento si su acompañante salía o no airoso. ¡Bastante tenía con cuidar de su propia piel!

Apenas pudo contener una torva sonrisa. Ni siquiera el más inexperto arquero de su tribu habría fallado aquellos blancos, aunque se estuviesen moviendo... Sin embargo, lo agradeció a todos sus dioses.

Ahora lo importante era poner tierra entre ellos y los jinetes que sin duda irían en su persecución..

Peco después se hundían en las tinieblas. Tras ellos, el sordo galopar de muchos cascos en la arena del desierto y voces que no entendía, instándoles seguramente a detenerse...

* * *

Y se detuvieron... Pero no para entregarse a los perros sin alma que iban tras sus pasos, sino para perderlos de vista. Y, tal vez, para sumirlos en los sulfurosos infiernos de una vez para siempre.

Hombres y monturas se escondieron tras los monstruosos farallones rocosos que salpicaban la llanura. Y mientras el oscuro guerrero de Nkai sujetaba las bridas de los nerviosos potros, el bárbaro de negros cabellos se apostó entre las rocas y, aunque se odió a sí mismo al hacerlo, empuñó con su siniestra el arco que poco antes cruzaba su pecho mientras sacaba una liviana flecha de la aljaba.

Se sintió enfermo al colocar la flecha. No era aquélla su idea de un combate glorioso, sino más bien un arma de cobardes. ¡De buen gusto se hubiera lanzado espada en mano contra la casi docena de jinetes que ahora aparecían ante sus ojos, aunque hubiese perecido en la lucha...! Pero, por desgracia, el destino de toda una ciudad, de hombres y mujeres, pesaba sobre sus hombros. Caer allí significaba condenar a muerte a toda Nkai.

Y él podía ser un asesino, pero nunca un cerdo traidor. Había jurado entregar al rey de Duran, la ciudad costera más cercana a la frontera de Valania, el mensaje de Cthur Ballis... ¡Y por la gloria de Tebesh que cumpliría su promesa, cayese quien cayese!

Tensó el arco, la flecha en su lugar, apuntando a uno de los guerreros que, como sus compañeros, parecía desorientado al comprobar que habían perdido su pista.

Sin embargo, no soltó la mortal saeta... Cuando podía haber partido en dos el corazón del valanio, cuando todos estaban al

alcance de sus flechas y sus dedos acerados parecían a punto de dejarla partir, sonrió duramente y volvió a destensar el arco.

¡Que viviesen! No había necesidad de matarlos ahora que ellos habían despistado su persecución. Sus vidas estuvieron durante unos instantes en sus manos y era cuanto él necesitaba. Nunca sabrían lo cerca que tuvieron la muerte en aquellos momentos.

Se volvió al oír ruido de botas sobre las piedras que tenía detrás. Y no se tranquilizó al ver el oscuro rostro del guía de Nkai flotando entre las sombras de la noche. Tal vez era su instinto de bárbaro incivilizado, pero no confiaba en él...

—¿Por qué no los has matado? Estaban a tu alcance. Podías...

—Ya se lo dije a tu rey, guerrero: ésta no es mi guerra... Y sigue sin serlo. No he dejado de matar a cuanto estúpido se cruzaba en mi camino, y los seguiré matando para no caer yo. Podía haber matado a ésos sin que me remuerda la conciencia, pero no tenía ningún motivo para hacerlo ahora. Así que cierra la boca y no vuelvas a importunarme con preguntas estúpidas. Tu misión es llevarme hasta Duran y eso harás...

No hubo réplica a sus secas palabras. Las sombras quedaron silenciosas tras él. Sólo delante, desconcertados acentos valanios rasgaban la quietud eterna de la llanura. Pero fue por poco tiempo. El suficiente como para darse cuenta de que habían perdido definitivamente el rastro de sus presas.

Después, se marcharon, sumiendo en el silencio aquellos paisajes envueltos en las tinieblas de la noche que tal vez por primera ocasión en muchos siglos habían conocido al Hombre. Y, desde luego, no habría quedado muy buen recuerdo de él.

Odio sutil pero mordiente como una serpiente, sangre en las manos de todos ellos, violencia empañando su vida... Eso era el Hombre en aquella época oscura y siniestra, que nadie sabía si era la alborada o la noche de los tiempos. Era odio. Y sangre. Y violencia...

Pero eso poco le importaba al bárbaro llamado Arakh. Tales razonamientos sólo se los planteaban los sabios de reinos civilizados como Anthaes o la mismísima Suran, el coloso dormido de occidente que flota en el mar, más allá de los mares de Galebur, como frontera del mundo conocido... Y él venía de tierras más violentas, donde la sangre hierve en la batalla y la guerra es una

canción en los corazones de los hombres.

Él era odio. Y sangre. Y violencia... Buscaba su fortuna entre los reinos de occidente con una espada en la diestra y su astucia como bandera.

Pero ahora sólo tenía ante sí el desierto y una misión que debía llevar a cabo cuánto antes...

—Sigamos nuestro camino, guerrero, que el tiempo vuela rápido y no se detendrá a esperarnos. Sigamos y reza a tu diosa celeste para que nuestras monturas sean más veloces que los ejércitos que se dirigen a Nkai.

Sus caballos estaban preparados para la marcha ahora que los hombres de Valania se alejaban hacia sus campamentos para seguir vigilando las murallas de Nkai. Y ellos también lo estaban. Preparados para una larga cabalgada a través de tierras que el bárbaro no conocía, y dispuestos a despellejar sus posaderas en la silla de montar si era necesario para acercarse pronto a las costas, a los mares de Galebur y, por tanto, a la también amenazada Duran.

Todo un día de camino a través del desierto se extendía ante ellos. Sol tórrido durante horas, cansancio, hambre apenas mitigada con las escasas viandas que llevaban...

Mejor era empezar cuanto antes. Arakh suponía que ya nada retrasaría su viaje hacia el este, que no habría más problemas hasta llegar a Duran, que ya todo sería fácil y él y su aguerrida compañera podrían reanudar su caminó hasta Valania olvidándose de guerras y desiertos.

Sin embargo, se equivocaba...

Su montura se encabritó de pronto y a punto estuvo de morder el polvo del desierto. El caballo manoteó el aire, desesperado, relinchando de puro pánico. Y Arakh supo que lo mismo le sucedía al guía que iba delante. Tampoco su potro quería continuar.

—¡Por la sangre de Balem! ¿Qué les sucede a estas malditas bestias?

Pero no... No era por la sangre de aquel viejo demonio de los ardientes infiernos adorado por su pueblo por lo que los nobles brutos se habían detenido con miedo. Y ni siquiera su nervuda mano podía obligarle a seguir, por más que lo intentaba. Algo les aterrorizaba hasta más allá de lo que podían resistir, y por eso se negaban a continuar...

—Pero, ¿qué...?

No tuvo que mirar muy lejos para averiguarlo. Ni siquiera tuvo que hacer esfuerzo con sus ojos de halcón.

—¡Demonios de Tebesh!

Allí estaba otra vez, surgida de la nada como fruto de alguna maligna hechicería, o tal vez de una maldición olvidada a lo largo de los siglos. Había salido de pronto en la distancia, recortándose su figura entre las montañas, con la luna como fondo tenebroso.

Una vez más tenía ante sus ojos la maldita torre que ya viera días antes, a mucha distancia de allí. Excesiva para que aquello fuera posible. Estaban demasiado lejos para volver a verla.

¿Cómo podía ser...?

Sujetó firmemente las riendas, intentando tranquilizar al mismo tiempo al animal. No cabía duda. Aquello no era una alucinación, ni un espejismo... Por imposible que fuera, estaba allí.

Era la misma, con su enorme estructura gris alzándose envuelta en sombras en la distancia, con su única abertura mirándoles como un ojo fabuloso, lleno de malignidad y oscuro misterio. Sólo cambiaba el lugar...

Miró al guerrero barbudo que le guiaba hasta Duran. Parecía tan asustado como los caballos, y apenas podía mantenerse en la silla.

—¿Qué maldita brujería será esta que parece perseguirme allá donde voy? Es ya la segunda vez que lo veo desde que me he internado en esta tierra de locos donde hasta las piedras parecen derretirse.

—Alejémonos de aquí, forastero —habló el soldado de Nkai con acento quebrado por el temor—. Hazme caso: es mejor estar lejos de aquí, si en algo valoras tu alma... Es magia lo que se ha desatado aquí esta noche. Magia diabólica que sólo puede traernos infortunio...

—Está bien, cobarde. Nos iremos, puesto que tanto pareces temer a un montón de piedras viejas de siglos, y tomaremos otro camino hasta Duran. No quiero tener nada que ver con brujerías y hechizos. Pero antes me dirás por qué tiemblas de ese modo, por qué tus ojos parecen a punto de saltar mientras miras esa torre... ¡Y juro que me lo dirás ahora mismo o echaré tu lengua a las alimañas del desierto para que les cuentes a ellas lo que no quisiste contarme a mí! ¡Habla, perro, y deja de bailar sobre el caballo!

—Son leyendas, extranjero. Leyendas de los que viven en estas llanuras, que parecían perdidas en el tiempo, olvidadas para siempre, pero que ahora veo son ciertas. Esas leyendas hablan de otros tiempos más gloriosos, de otros pueblos que habitaron la tierra que ahora pisas mucho antes de que naciesen los reinos que conocemos. Y cuentan que algo horrible ocurrió en esa época. Algo que nadie humano pudo contar, porque nadie sobrevivió. Y lo único que quedó en pie fue una torre entre las ruinas de todo un reino. Una torre que ahora se aparece durante la noche a los condenados, a aquellos en los que el Destino se cebara hasta la aniquilación... Y nosotros la hemos visto. ¡La hemos visto!

—¿Y qué? Seguimos vivos, ¿no es así?.

—Nuestro destino no tardará en venir a nosotros. ¡Bel, diosa de la oscuridad, señora del Mal, no lo permitas!

—¡Deja de lloriquear, imbécil! —le increpó Arakh. Y el guerrero bárbaro encajó las mandíbulas mirando el sombrío y silencioso desierto—. Si alguien debería temblar aquí, ése tendría que ser yo. Es ya la segunda vez que me tropiezo con ese maldito montón de piedra vomitado de los infiernos, así que soy yo el condenado, el que tiene que morir por designio de locas hechicerías de las que ni los dioses tenían conocimiento.

El guía de barbudo rostro cetrino le, miró de un modo que a Arakh se le antojó raro, mientras trataba de controlar al aterrorizado animal que piafaba bajo su cuerpo.

—Entonces eres tú quien morirá en breve, extranjero...

—No opino yo lo mismo, guerrero. He luchado una y otra vez por mi vida cuando todo parecía presagiar que mis huesos quedarían en la tierra, y todavía coleo. Cientos han sido las batallas en las que participé y de las que salí con vida. Pero si así fuera, si por fin la Muerte llegase con su abrazo fatal, agradecería a todos mis dioses que fuera luchando en buena lid, con mi espada en la diestra y el nombre de Tebesh en mis labios...

Miró de nuevo hacia el lugar donde se hallaba la misteriosa torre, pero ya no la vio. Tan rápidamente como apareciera se había volatilizado, como si todo no hubiese sido nada más que un espejismo. Sin embargo el bárbaro mercenario sabía que la había visto, que sus sentidos no le habían engañado.

¿Otro presagio, tal vez? ¿Un aviso de aquel territorio embrujado

que parecía rechazarle…? Aún temía ver surgir bajo la luz espectral de la luna aquel infernal pajarraco de apariencia antidiluviana.

Arakh tendría ocasión de pensar en ello más de una vez a lo largo de su viaje por aquellos abandonados parajes hasta la aún lejana ciudad de Duran. Y después también, tras los acontecimientos que allí tendrían lugar.

De nuevo la brujería se cruzaba en su camino; y no sería aquélla la última vez que viera con sus ojos la torre…

CAPÍTULO IV

NO era aquélla la primera ocasión en que Arakh veía los grandes y azules mares de Galebur. Ya antes, en sus correrías por los reinos civilizados, cuando su espada descansaba entre las continuas batallas en que se enzarzaban los diferentes países en aquella oscura época, pudo contemplar las aguas que bañaban las costas de occidente.

Sin embargo, el mar siempre sorprende, incluso a aquellos que lo surcan en grandes y poderosos barcos, por lo que tiene de tenebroso y oscuro, por los misterios que puede encerrar en sus cambiantes y siempre agitadas aguas, pero también por su belleza, por los plateados destellos que el sol arranca en las aguas y que cruzan como serpientes su superficie. Y más a quien viene de un reino cuyas fronteras no tienen costas ni conocen las caricias de las olas por hallarse rodeado por otros reinos tan belicosos como él mismo.

Ahora tenía de nuevo ante sus ojos la infinita extensión de los mares de Galebur, limitada sólo por el horizonte. Más allá estaba la gran isla de Valania, cuyo poderío se extendía hasta el continente; y después, la orgullosa y dormida Suran de la que tan poco se sabía, el coloso que esperaba más allá de las pequeñas islas que poblaban los tenebrosos mares occidentales. Luego, todo era misterio. Nadie sabía qué había después. Tal vez sólo oscuridad… O un profundo abismo que podía llevar hasta los mismísimos infiernos.

El cielo estaba limpio de nubes. Y, sin embargo, el viento soplaba con fuerza. Un viento salado que golpeaba su rostro, aliviándole un tanto del espantoso calor que parecía abrasar su piel bronceada, y enervaba las aguas con una furia que levantaba rugidos entre las rocas de los abruptos acantilados que daban al

mar.

Y era allí donde se levantaba Duran. Justo sobre los acantilados, ostentando una fortaleza que no poseería en ningún otro sitio. No necesitaba murallas estando allí, y no las tenía. Sus murallas eran el mar y los angostos, difíciles caminos que la Naturaleza creara para llegar hasta ella.

Fue por esos caminos por donde hubieron de pasar con muchas dificultades. Y fue allí donde, una voz llegada de la nada, les ordenó que se detuvieran. Una veintena de flechas apuntaban a sus corazones, y cualquier movimiento que levantase recelos haría que se disparasen a la vez.

Sólo un loco hubiese intentado resistirse. Y tal vez Arakh hubiera aceptado el reto de ser otra la situación, pero no estaba allí para enfrentarse a los arqueros duramos. Era otra su misión...

Naturalmente no dudaron en deponer las armas para ser llevados hacia la ciudad-estado costera y, por tanto, hasta el propio soberano de Duran...

* * *

Abthor era el hombre elegido por los dioses para que ocupase el trono de Duran. Formaba parte de toda una familia de nobles y soldados que habían conseguido dominar las diferentes ciudades más importantes de aquel país, y estaba emparentado con los reyes de otros muchos feudos del norte, implicados en continuas luchas, traiciones, amenazas y conquistas... Y Abthor no era una excepción.

Y ante él estaba Arakh en su misión de mensajero, en el propio palacio real. Era la segunda vez en pocos días que el mercenario se encontraba en la misma situación, teniendo que inclinar la cabeza ante quien no era su rey, pues él no tenía patria ni soberano.

En las manos de Abthor estaba la misiva de Cthur Ballis. Era un contacto de reyes con una misma ambición; establecer una alianza contra las fuerzas que pretendían invadir sus tierras. Y mientras el regio señor de Duran leía, el guerrero creyó advertir en su flaco rostro cubierto por una raquítica perilla una extraña sonrisa...

Con la siniestra apoyada en la empuñadura de su espada, que la guardia no había intentado arrebatarle siquiera, miró en torno. Como todos los tiranos que abundaban en aquellos reinos del sur, toda una escolta armada rodeaba el trono, pues allí los reyes eran poco menos que intocables, casi divinos. Y entre esa escolta

destacaba un guerrero más alto y musculoso aún que el propio Arakh, de cráneo calvo y brillante, armado con una gran cimitarra siempre desenvainada.

Sus miradas se cruzaron y desde el primer momento advirtió que el odio relucía en aquellas pupilas. El gesto hosco e imperturbable del gigante no decía nada de todo lo que se agitaba en lo más hondo de su pecho, pero su turbulenta mirada le traicionaba.

Era uno de los gigantescos hombres de piel pálida que habitaban las siempre heladas tundras del norte, allí, tan tejos de la tierra que viera nacer a ambos. Enemigos mortales frente a frente, que en cualquier otro momento no hubiesen dudado en batirse a muerte pero que ahora permanecían inmóviles, atados por las normas de aquellas tierras extrañas donde el siempre caprichoso destino cruzó sus vidas.

Arakh había matado a muchos hombres de aquella pálida raza de colosos en tierra de nadie. Y fue así como se convirtió en un gran guerrero de su tribu. Pero ahora, pasados tantos años, no había el menor odio en su corazón hacia aquellos bravos nómadas, aun cuando su pueblo los odiase desde tiempos que ya nadie recordaba con precisión.

Aquel suelo que ambos pisaban no era su patria, ni tenían por qué continuar las rencillas tribales tan lejos de las nieves perpetuas del norte. Eso quedaba atrás, entre el polvo del camino, en el olvido más profundo.

Pero aquel guerrero sí le odiaba… Sabía que si así se lo ordenaban le cortaría en dos con su mortífera cimitarra, sin pensárselo dos veces. Si algún adjetivo servía para aquella raza, sin duda era el de «implacable», porque implacables eran en el campo de batalla, porque no pedían ni daban cuartel, porque no perdonaban, igual que él.

—Interesante… Así que vuestro amo y señor desea que nos unamos contra los ejércitos de Valania, para vencer a las hordas asesinas del Príncipe Maldito…

Ninguno de los mensajeros habló, pues no constituían una pregunta las palabras del señor de Duran.

Sin embargo, en el alma del bárbaro crecían temores que él creía infundados, y que no podía ocurrirles nada en tierras aliadas de Nkai…

Abthor se irguió en su torno, sonriente, sin dejar de mirar la amarillenta misiva.

—Por fortuna ya sospeché algo parecido y, no deseando ningún mal para mi pueblo, hice un pacto con otras fuerzas aún más poderosas que las de vuestra sitiada ciudad...

Un dedo rígido, huesudo, les apuntó. Y la orden que brotó de labios del rey duranio restalló en sus oídos como los truenos que cruzan los cielos de Galebur en los días de galerna.

—¡Prendedles, por la gloria de Valania y de Bakrin Sha, su dios-rey! ¡Y si se resisten, no dudéis en matarlos!

Un rugido escapó de la garganta de Arakh. La gran espada ya estaba en su diestra mucho antes de que los guardias duranios se echasen sobre ellos...

—¡Traición! Tal vez fui un loco al aceptar esta misión, conociendo como conozco las intrigas que llenan vuestros palacios y la perfidia que anida en vuestros corazones... ¡Pero juro por los ensangrentados dientes de vuestra vileza que ninguno en esta sala vivirá para contar mi locura! ¡Y menos que nadie tú, sucio perro duranio!

Con la furia de una pantera herida, sin importarle las armas que venían contra él, su acero trazó arcos de plata en el aire de la mañana, convirtiéndose después en arcos de sangre que salpicaron las piedras del suelo. Y con cada tajo, con cada hombre que caía roto por el acero centelleante, el demonio bárbaro parecía cada vez menos hombre y más demonio, haciendo de su espada un arma infernal que en verdad parecía alimentarse de sangre. Porque jamás un hombre peleó como el bárbaro en aquel momento, como poseído por un espíritu diabólico llegado de los abismos. Ni siquiera el guerrero de Nkai qué le acompañaba, aunque luchaba con la misma desesperación que un hombre acorralado...

Y poco a poco, paso tras inexorable paso sobre los cadáveres que dejaba y abriéndose camino entre la guardia durania con el ensangrentado filo de su espada, avanzó cada vez más hacia la regia figura de Abthor, con el rostro convertido en una máscara de horrenda furia homicida.

Una cabeza saltó separada de los hombros de un guardia cuando éste se interpuso en su camino. Sumergido en la vorágine enloquecedora del combate, Arakh lo veía todo rojo. Cada vez que

su espada se abatía buscando la carne, Tebesh cantaba en sus oídos, llenando su cerebro todo con la sinfonía mortal de la matanza, de la destrucción...

Pero era demasiado largo y peligroso el camino hasta el soberano de Duran, ahora protegido por lanzas contra las que nada podía el bárbaro. Y sería demasiado estúpido por su parte dejarse matar como una alimaña sólo por degollar a aquel perro sin alma cuya frente ceñía la corona de aquel reino, cuando la vida podía estar a pocos pasos a su espalda y lo único que le separaba de ella serían algunos estúpidos de piel morena que caerían como briznas de paja ante su paso.

Con un gruñido se dejó llevar por su sentido común. Y se preguntó, mientras destripaba a uno de los guardias con un solo tajo, qué seria ahora de Nkai, rodeada de enemigos y traidores que buscarían su perdición. Pero aquello poco le preocuparía una vez hubiese cruzado la frontera de Valania, para olvidarse de intrigas palaciegas y dinastías de reyes.

—¡Sígueme, perro de Nkai, si no quieres ver tu cabeza adornando esta cámara! ¡Que el acero sea, la llave de nuestra libertad!

—¡Por una vez, extranjero; estoy de acuerdo contigo!

Tal vez lo hubiesen conseguido, aunque resulta imposible imaginarse cómo lograrían escabullirse del acoso de toda una ciudad. Quizá las espadas de ambos guerreros podrían causar más bajas entre las filas duranias que si se enfrentasen a todo el ejército valanio, antes de morir. Pero es sólo una suposición...

En el calor de la batalla, mientras sus venas hervían con el mismo furor con que sus ancestros lucharon para conquistar las tierras que ahora ocupaban, Arakh pareció olvidar por un momento que no sólo eran bronceados duranios sus enemigos. Y pagó caro su olvido.

Un dolor como de acero candente cruzó su espalda como un relámpago, y sintió que una afiladísima hoja hendía sus carnes con pavorosa facilidad. Su espalda se arqueó, y escapó de sus labios un ronco gemido de dolor, mientras manaba abundante sangre de la herida.

—¡Por mi sangre y la de mis hermanos, perro! ¡Y ojalá toda tu tribu tuviera una sola cabeza para que yo la cortara con mi

cimitarra!

Arakh maldijo entre dientes aquella voz gutural que retumbaba en sus oídos, tambaleándose hacia la salida, sin soltar su espada en ningún momento. Pero cayó también su guía de piel oscura, abatido por un golpe brutal. Y el norteño quedó tendido allí, llenando el suelo con su sangre, pugnando por volver a levantarse y ensartar a aquel cerdo traidor que le había atacado por la espalda como los cobardes que nunca fueron de su raza.

Sobre él estaba el esclavo de piel broncínea por el sol desierto y poderosos músculos de titán, su cimitarra a punto de trazar un arco mortal que terminaría separando su morena cabeza del resto del cuerpo. Sus ojos brillaban de odio, mirando al bárbaro caído. Y los de Arakh también, aunque velados por una neblina roja, incluso en aquellos momentos en que su vida pendía de aquella gruesa cimitarra.

—¡Quieto, Sear Bali! —ordenó una voz imperiosa—. ¡Detén tu mano, esclavo! Déjale vivir para que sufra su lenta agonía…

La cimitarra siguió sobre Arakh, mientras en el alma del guerrero calvo luchaban su odio y su fidelidad. Por unos momentos pareció que, a pesar de todo, sus fuertes brazos iban a golpear fatalmente al bárbaro de oscuros cabellos. Pero finalmente obedeció.

Y mientras eso sucedía, Arakh juró que le mataría. Y lo juró en voz alta, cuando las cadenas le inmovilizaron…

* * *

En una mazmorra, sea del reino que sea o las leyes que los hombres hayan dictado, el día es una noche interminable, los minutos se convierten en horas de larga soledad que parecen no acabar nunca y los pensamientos son martillazos en el silencio. Y más para alguien que, como aquel gigante de enmarañados cabellos negros, pese a sus correrías por los reinos civilizados, pese a sus continuos pillajes por tierras que le eran desconocidas, siempre fue ubre como las águilas, teniendo como único techo el cielo azul, pese a haber probado ya antes el amargo sabor de las cadenas. El lobo norteño estaba enjaulado, compartiendo su prisión con las ratas, que hasta eran allí más sucias y repugnantes que en cualquier otro lugar.

La oscuridad era absoluta desde que se cerraron las puertas tras los malditos guardias duranios. Y la sangre seguía manando de la

traidora herida de su espalda, del doloroso y profundo surco abierto en sus carnes, que a punto estuvo de, alcanzar su columna vertebral. Pero, por fortuna, los jirones de ropa qué había conseguido de su también infortunado compañero cubrían la herida, aunque no el dolor.

¡Había salido indemne de situaciones peores! Ahora, lo único importante era escapar, huir de aquella ciudad donde los reyes eran tan volubles. Y la confianza de los duranios al no poner cadenas en sus muñecas tal vez les ayudase...

La puerta era recia, pero la carne nunca lo es tanto.

—¡En pie, soldado! —sus palabras rompieron el silencio mientras palpaba en la oscuridad—. No hagas preguntas y sígueme si fuera preciso hasta el mismo infierno. No pienso pudrirme en este lóbrego calabozo. Antes prefiero morir intentando la huida.

Habían pasado varios días desde que fueron apresados. No sabía cuántos, pues no podía contarlos en aquella perpetua oscuridad. Sólo sabían que fueron días de hambre y dolor. Y en esos días Arakh sabía cómo era aquella gruesa hoja de madera que se había convertido en la barrera que los separaba de la libertad. No podía derribarla, pero había otras formas de salir.

En la parte superior de la puerta había un pequeño ventanuco cerrado, por el que apenas cabria su musculoso brazo. Lo utilizaban para vigilar a los prisioneros desde el exterior, sin necesidad de entrar.

Golpeó con fuerza en la recia madera, gritando en el idioma de aquellas tierras para atraer la atención de algún guardia. Y al parecer lo consiguió, pues no tardó en entrar la luz por el ventanuco, ahora abierto. Un rostro oscuro apareció en la abertura.

—¡Silencio, sucia escoria, o cerraré tu boca a golpes! ¡Si quieres seguir entero, cállate!

—Tengo hambre —silabeó Arakh en las sombras—. Y oro suficiente para pagar un favor...

—¿Oro? ¿Cómo puedes tener oro, perro del norte?

—Digo que lo tengo y eso es suficiente... Pero podrías tenerlo tú a cambio de algo de comida. Son sólo unas monedas pero...

—Dámelas y veré qué puedo traeros... —gruñó el duranio, entre receloso y contento de poder hacer una faena a aquellos cerdos de Nkai—. Pero dámelas ahora, basura.

Al ver emerger por el ventanuco la nervuda mano cerrada del bárbaro, el guardia no sospechó. Tal vez pensaba que entre esos dedos acerados estaban las monedas de oro que esperaba. Sin embargo cuando, como una centella, aquellos mismos dedos se cerraron como acerados dogales en torno a su garganta supo que se equivocaba. Pero lo supo demasiado tarde.

Intentó librarse de aquellos dedos que le estrangulaban. Y también intentó gritar para alertar a sus compañeros. Pero no consiguió ni una cosa ni otra. Sólo un quebrado gemido brotó de su garganta, mientras todo su cuerpo se elevaba en el aire como si en lugar de un hombre fuese una criatura indefensa. Sus pies dejaron de tocar el suelo. Y los férreos dedos se hundían cada vez más en su cuello, como si quisieran atravesar la carne y destrozar su tráquea.

Lucharon ambos; uno, para salvar la vida; el otro para arrebatarla con la única mano que podía sacar de aquella infecta prisión. Y así transcurrieron los segundos hasta volverse eternidades y llenar de sudor los bronceados músculos del norteño; finalmente cesó el duranio en sus desesperados forcejeos y quedó inmóvil como un pelele entre los dedos asesinos. Pero no por eso Arakh le soltó hasta quedar convencido de que sólo era un cadáver que no les causaría problemas.

Nunca supo cómo lo consiguió, pero sacó su espada de la funda y abrió la puerta de su mazmorra para salir a la libertad. Libertad... y la espada en su diestra, era todo cuanto necesitaba para salir de Duran.

Mas, para desgracia suya, su fuga no pasó inadvertida. En algún lugar de la ciudad sonó un gong vibrante, y sus ecos llenaron todos los ámbitos mientras corrían por el interminable dédalo de mazmorras subterráneas. Y pronto docenas de espadas aparecieron a sus espaldas para darles alcance...

No hicieron caso de las voces que resonaban tras ellos y siguieron corriendo, dejando atrás estancias y más estancias desiertas, salidas engañosas que no daban a ningún lugar. Luces vacilantes en su siniestra alumbraban su paso por los oscuros sótanos de Duran, pero; no evitaban que viscosas telarañas, enormes como redes de pesca, se pegasen a sus rostros. Y seguían las apresuradas carreras en pos suyo...

Arakh murmuró una plegaria a sus tenebrosos dioses norteños,

sin cesar de correr, sabiendo que allí había poco espacio para luchar, y no deseaba dejar su vida en un sucio subterráneo donde la luz nunca entraba. Y tal vez aquella plegaria fue escuchada, porque de pronto lo que sus antorchas alumbraron al doblar un recodo fue muy diferente a lo que esperaban hallar.

Ninguno de ellos podía saber quién construyó aquello ni por qué estaba allí. Pero en aquel momento era lo último que hubiesen pensado, pues les preocupaba más las afiladas espadas que iban en su busca. Y aquella gran trampilla circular de piedra que había en el suelo de la estancia podía ser la única salida allí visible.

No había tiempo de dudar. Podía llevarles directamente al infierno o a la luna, que poco importaba si morían acuchillados. La única manera de saberlo era haciendo girar la pesada rueda de madera que levantaría la losa de piedra para abrir el foso. Y allí se lanzó el bárbaro sin pensarlo, poniendo en su labor toda la fuerza de sus músculos.

Poco a poco, entre resoplidos, la losa se elevó, quedando colgada de una gruesa cadena. Pero lo único que se veía en el foso era oscuridad insondable, infinita. Nada más...

—¡Diablos de Balatarr! ¡Ya están aquí, malditas sean sus miserables almas!

Vieron los cascos brillar a la luz de las antorchas. Las espadas centellearon en las sombras; dispuestas a llenarse de sangre. Y los dos supieron al mismo tiempo que no se dejarían atrapar esta vez, que preferían morir en la lucha o lanzarse hacia un destino incierto.

Varias flechas fueron hacia ellos. Sin embargo, sólo una atravesó de lado a lado el brazo izquierdo del oscuro guerrero de Nkai, que se encogió de dolor al recibir el acero en su carne...

—¡Deja quieta esa flecha y salta, maldito demonio! ¡Salta!

Y Arakh se lanzó hacia el foso de tinieblas para desaparecer tragado por la oscuridad. Su compañero de infortunios miró a los guardias que se acercaban, miró la tenebrosa oscuridad y...

—¡Estás loco, bárbaro! ¡Pero bendita sea tu locura, por si acaso nos reunimos ante Bel!

Y ya no dudó más...

Cuando llegaron los soldados duranios nada permitía sospechar que ambos hombres siguiesen con vida. La oscuridad era absoluta en el foso. Pero oyeron un chapoteo sordo en la distancia...

—La persecución ha terminado —dijo uno de ellos—. Esos locos están condenados, y su destino ahora será mil veces peor…

* * *

Durante décadas Arakh recordaría el súbito terror que se apoderó de él mientras caía hacia las profundidades abismales. Sólo había oscuridad, como si de pronto unas fauces enormes se hubiesen abierto para engullirle en su caída, no había nada sólido bajo sus pies. Sólo tinieblas que sus ojos no podían perforar. ¡Y su locura pareció una eternidad de horror, cayendo, cayendo…!

Pero de pronto chocó contra algo, su cuerpo entero atravesó oscuras aguas de muerte y se sumergió en tinieblas que detuvieron su descenso. Oyó el burbujeo de su respiración y al mismo tiempo dio gracias a sus dioses mentalmente, mientras pugnaba por regresar a la superficie, a la sutil frontera cristalina entre el aire vital y aquel oscuro reino que había salvado su vida. Y, cuando lo consiguió, llenando sus pulmones de oxígeno refrescante, oyó de nuevo el sordo estallido del agua al quebrarse momentáneamente a su derecha, entre grandes y fuertes salpicaduras que casi le obligaron a sumergirse de nuevo. Supo en ese punto que poco había dudado el guía que Cthur Ballis eligió para que le llevase hasta la traidora Duran, entre morir alanceado y lanzarse a lo desconocido.

Seguía aferrando con fuerza en su mano derecha la espada curva robada al guardia duranio que él mismo mató. No deseaba perderla por nada del mundo. En un sitio como aquél, donde sólo el oído era capaz de percibir algo entre las densas tinieblas, solamente los dioses sabían qué peligros podían ocultarse. Y tal vez no fuesen sus dioses los que lo sabían y sí los que gobernaban aquellas llanuras tan próximas al mar…

—¡Forastero! ¿Dónde estás, que en estas sombras no veo ni mi mano delante de la cara? En nombre de Bel, contéstame y dime si vives…

—Vivo, guerrero, pero no gracias a Bel… No ha sido tu diosa quien nos ha salvado, sino estas aguas saladas que nos rodean. Y tampoco será tu diosa quien nos saque de aquí, si salimos…

—¿Qué es este lugar, extranjero? La caída se me hizo eterna…

Arakh miró hacia arriba. Sólo había un punto de lívida claridad en las alturas. Luz de antorchas, probablemente, allí donde estuvieron a escasos metros de morir bajo las lanzas de los soldados

de Duran. Pero estaba tan lejos que no podían ni soñar en regresar, aunque hubiesen podido.

—No lo sé, pero me propongo averiguarlo. Y, si es posible, saldré... Si no, maldito sea yo por mi estupidez durante toda la eternidad.

Nadaron ambos con poderosa brazada, sin saber en realidad qué dirección tomaban ni adonde llegarían. Pero pronto tuvieron que parar, porque paredes de pura roca, salvajes y abruptas como sólo la Naturaleza puede crear, pusieron límites a su avance. Y así doquiera que sus manos palpaban. Sólo había rocas por encima y por debajo del agua salada.

—Una cueva —murmuró el mercenario—. Esto debe ser una cueva bajo el mar, abierta en los acantilados por el paso del tiempo. Y si está llena de agua es porque debe entrar por algún sitio...

Se sumergió en las cálidas aguas, buceando como solía hacer en los helados torrentes del norte, donde aprendió a nadar siendo apenas un niño. La espada curva estaba ya sujeta en su cinturón, mientras se iba hundiendo en las siniestras aguas, seguido de cerca en la oscuridad por el guerrero que le acompañó desde Nkai, buscando una salida de aquel infierno hecho de negrura.

Y entonces, de pronto, vio débiles reflejos de luz en las aguas. No dudó ni un instante, enfilando hacia allá su enorme cuerpo, con toda la velocidad que pies y brazos podían conseguir en la ingrávida densidad de los abismos submarinos.

Estuvo a punto de sonreír cuando vislumbró levemente los contornos de un paso subterráneo abierto en la dura roca por las mismas fuerzas primordiales que moldeaban montañas y valles a lo largo de milenios desde el principio de los tiempos. Si aquellos chacales del rey Abthor pensaban que iban a dejarse morir, estaban muy equivocados. Saldrían por aquella gran hendidura en la roca, para encontrarse frente a frente con la ansiada libertad.

Pero no fue sólo eso lo que el moreno bárbaro halló en aquella gruta submarina, porque de pronto el mar escupió su horror. Un horror oculto allí durante siglos, que esperaba con la paciencia de un dios para alimentarse de lo que las aguas traían hacia sus dominios. ¡Un horror que de pronto se cernió sobre él, que aferró con fuerza inusitada su pierna derecha hasta que la sangre tiñó de rojo las aguas y el dolor casi hizo gritar al gigante bárbaro!

Arakh se debatió con desesperación, sacando el acero de su cinturón. Vio la enorme pinza que; como una tenaza dotada de vida sobrenatural, dentada como la boca de un tiburón, se cerraba en torno a su pierna. Y vio también; lo que había tras la enorme pinza, la criatura escupida de los más profundos infiernos marinos, el engendro monstruoso, qué la escasa luz iluminaba.

Parecía un cangrejo, pero sólo tanto, como un simio podría parecerse a un oso. Su tamaño descomunal nada tenía que ver con la insignificancia de esas pequeñas bestezuelas marinas. Tal vez perteneciese a alguna especie extinguida en la larga noche de los siglos, o a una raza de monstruos pérdida en las profundidades de la tenebrosa Galebur.

Aunque su brazo descendió con toda la potencia de que era capaz, la espada rebotó en la piel del horrible atacante sin causar la menor mella en su coraza gris-azulada. ¡Y la otra pinza le buscaba para asegurar el mortal abrazo!

Una y otra vez, con auténtico frenesí, golpeó la piel del monstruo, enloquecido hasta más allá de lo imaginable. Sus pulmones reclamaban aire a gritos, mientras la tenaza del engendro vomitado de las oscuras aguas se hundía cada vez más en la carne del bárbaro.

Reaccionó éste casi sin pensarlo, inspirado tal vez por el propio Tebesh en la lucha que el poderoso guerrero sostenía con aquella bestia marina surgida de olvidados tiempos perdidos en la memoria humana Y reaccionó bien, cuando aquellas fauces se acercaban cada vez más entre las corrientes acuáticas que azotaban a ambos seres. Colocó ante sí la espada... ¡y la hundió hasta el fondo en las hambrientas fauces del primitivo ser, mientras el agua se volvía oscura por sangre desconocida desde incontables eones!

No esperó a contemplar la muerte del monstruo. Cuando su pierna quedó libre nadó sin parar, al borde del desvanecimiento, sus pulmones a punto de reventar. Cegado, medio loco ante la idea de morir vencido por aquel monstruo infinito en que se había convertido el mar de Galebur, aferrándose la garganta con desesperación, sintió que subía, que la luz poco a poco descendía hacia él...

¡Y jamás resultó el aire tan fresco para el guerrero del norte como aquel día en que a punto estuvo de dejar la vida bajo las

aguas subterráneas de Duran! Salió frente a los acantilados, muy cerca de la ciudad, roto por el enorme esfuerzo su gigantesco cuerpo, para arrastrarse entre las rocas y quedar tendido en ellas, perdida su espada durania en la batalla.

—¡Loada sea la diosa de la noche! —oyó entre nieblas, mientras notaba que alguien, un rostro barbudo que su obnubilada mente no reconocía en aquel momento, le ayudaba a salir del agua con gran dificultad—. Te creía muerto, extranjero, pero al parecer la profecía de la torre aún tendrá que esperar.

Sin embargo algunos minutos más tarde ya parecía recuperado. Su pierna herida estaba cubierta por sus propias rasgadas vestiduras y, aunque su aspecto era el de un hombre cansado, sus ojos brillaban como rojos carbúnculos de infernal furia, fruncido el ceño y apretadas las mandíbulas mientras descansaba sobre las rocas.

—Volvamos, extranjero —pidió el guía, tan agotado o más que él—. Ya nada nos detiene en Duran y debemos llevar a Cthur Ballis las tristes nuevas. Aciago será el día en que Nkai se vea invadida por la odiada Valania...

Arakh levantó su mojada cabeza, mirando el guerrero adorador de Bel, la pálida diosa de la oscuridad y el Mal. Después, sus ojos se volvieron hacia lo alto del acantilado, hacia Duran.

—No, guerrero —replicó—. Hay algo que juré y no pienso renunciar a ello... Espérame aquí, y si no he vuelto cuando caiga el sol, marcha solo hacia Nkai.

Y comenzó a escalar el acantilado, subiendo como una pantera de las montañas, seguido por la pensativa mirada de su compañero...

Nadie en Duran sabría nunca cómo el bárbaro pudo entrar de nuevo en la siempre vigilada ciudad. Sus guardias no llegaron a verle mientras irrumpía en la urbe por su zona aparentemente inaccesible. Pero entró...

Tampoco nadie sospechó que se ocultaba tras los altísimos torreones de palacio hasta que fue demasiado tarde. Sólo al ver cómo el guardia norteño de Abthor moría con la nuca atravesada por una certera flecha toda la escolta personal de su majestad elevó la mirada.

¡Y allí estaba el bárbaro! ¡En pie sobre un torreón, con un arco ante su rostro, con el eterno sol tras él!

Sin embargo, no pudieron evitar que su rey muriese con una vibrante saeta partiendo su corazón traidor. Y cuando los soldados duramos reaccionaron, el guerrero de bronce ya no estaba allí; se había desvanecido como un fantasma.

Aquella misma noche, las playas más allá de Duran vieron como dos figuras se alejaban bajo la luna, mientras los duranios lloraban ante su rey muerto.

CAPÍTULO V

ATRAVESAR a pie las interminables llanuras del sur que llevan hasta Valania es una locura que muy pocos hombres intentan y que aún muchos menos consiguen. A caballo y yendo al galope es muy difícil. Andando, resulta casi imposible. Pero aquellos dos hombres lo intentaban, pues no tenían caballos que los llevasen.

La distancia entre Duran y Nkai era grande. Tal vez tres días o más de duro caminar bajo un sol implacable, soportando hambre y sed en aquellas inhóspitas tierras que hasta las sombras abandonaban en las abrasadoras mañanas.

Parecían cansados, tanto el oscuro hombrecillo barbudo ataviado con los restos de su malla de guerrero de la escondida Nkai como el coloso bárbaro de pelo negro y escasa indumentaria que siempre iba delante. Sobre todo el bárbaro, que no había tenido un momento de paz desde que entró en los polvorientos desiertos del sur. Y ninguno de ellos hablaba. Caminaban en absoluto silencio, pensativos unas veces, vigilantes otras, mientras las horas pasaban lentas, agotadoras, y el cansancio dejaba paso al dolor.

Demasiadas cosas habían sucedido desde que dejaron Nkai, y ninguna buena. Ambos hombres llevaban suficientes huellas en sus cuerpos como para certificarlo, y ahora regresaban con menos sangre que cuando partieron. Pero, por fortuna, tenían armas. Armas que Arakh consiguió en Duran con la Muerte como intermediario. Un arco, una aljaba con flechas, un par de espadas de acero duranio... No era mucho, pero era cuanto tenían. Suficiente, al menos, para cazar y alimentarse de alguna alimaña del desierto, por pequeña y repugnante que fuese.

Arakh hubiese invocado a los demonios de Tebesh contra Nkai. Pero, aparte de su juramento de regresar, había algo en aquella

podrida ciudad que le pertenecía y a lo que no renunciaría ni por todas las espadas de Valania. No podía cruzar la frontera sin llevar consigo a Iana, la brava guerrera de los bosques de Thaaron. ¡Y mataría a quien se pusiera en su camino para impedirlo, aunque se tratase del mismísimo Cthur Ballis!

De pronto, se puso tenso y echó mano de su arco. Una flecha salió de la aljaba con endiablada rapidez, entre sus veloces dedos. Su finísimo oído creía haber captado un débil relincho tras unas dunas...

Pero sólo era un caballo, como después pudieron comprobar. Una pobre bestia abandonada... y aterrorizada, al parecer, que por sus atalajes seguramente pertenecía a la caballería valiana. Al principio no dejó que ninguno de ellos dos se acercase, dando ominosas coces al aire, pero luego Arakh logró tranquilizarle, asiendo con fuerzas sus bridas. Tenía profundas heridas de feroces arañazos en su cuello...

Arakh miró en rededor, mientras su barbudo compañero amansaba al bruto. Apenas faltaba una jornada de viaje hasta Nkai, y los ejércitos no podían estar lejos. ¿Y si aquello fuese una trampa...?

Empezaba a anochecer. Los dioses no tardarían en sumir en la oscuridad a todos y cada uno de los reinos de occidente, y la noche es compañera de cobardes y sanguinarios perros y eterna conocedora de misterios que ningún ser humano vio jamás. Pero a Arakh sólo le preocupaba lo que pudiese amenazarle tras aquellas dunas de polvorienta arena que tapaban el horizonte.

Bien, fuese acero valanio o zarpas salvajes lo que les esperaba allí, no sabía de hombre o bestia que pudiese sobrevivir ante una buena espada, aunque ésta fuese durania. Y, por la mordiente lanza de Tebesh, haría catar su acero a quien se atreviese a atacarles.

Cuando, una vez tranquilizado el animal, el oscuro adorador de Bel se volvió para decir algo, no encontró al bárbaro... Se había marchado sin hacer ruido, como un silencioso espectro. Y nada más darse cuenta de ello, el guerrero de Nkai empuñó su espada con celeridad, escudriñando las tinieblas que ya empezaban a formarse en torno.

Se tranquilizó al ver la menguante luna ya visible en el cielo, pero no por eso dejó de mirar en derredor..:

—¡Bel se lleve a ese hijo de una zorra norteña! Si pretende algo le...

Le vio entonces, tras dejar atrás al animal y pasar las dunas. Estaba de espaldas, en pie sobre el promontorio arenoso, con la espada en la diestra pero sin actitud belicosa.

—Deja tu ira para la espada, hombre —oyó exclamar al bárbaro, mientras éste se volvía—. Tal vez nos haga falta... Ven y dime qué clase de diablo pudo hacer esto, pues yo no conozco las fieras que pueblan esta maldita tierra.

Intrigado, el guerrero se acercó. Pero no tardó en retirarse, contraído el rostro por un rictus de horror, a punto de vomitar... La arena no era allí amarillenta, sino roja. Y roja por la sangre escapada de cuerpos mutilados y horriblemente despedazados por algún monstruo de pesadilla. Cadáveres de guerreros valanios convertidos en pulpa sanguinolenta, medio devorados por un atroz predador contra el que nada sirvieron sus armas ni la huida...

La Muerte les sorprendió con implacable furia en medio de aquel desierto. Una Muerte horrenda, que tampoco dudó en despedazar a los pobres animales que aquellos hombres llevaban de montura, sólo una de éstas se perfilaba sobre una duna alejada.

—Dioses... —jadeó el guía, lívido ante la espantosa visión de aquellos restos ensangrentados y dispersos—. Aujhal... fhe tsi gomn Bel... Marchemos prestos, infiel, si no quieres incurrir en la cólera de la diosa...

—¿Qué farfullas, tembloroso perro? Dilo con más claridad y en un idioma que yo pueda entenderte, por la sangre de Tebesh...

—No pronuncies los nombres de tus dioses paganos, extranjero. En esta tierra está prohibido, y el que ose llamar a otros dioses y no a Bel tendrá el mismo destino que esos desgraciados, en manos de Aujhal, el diabólico hijo de la señora de la noche...

—¿Aujhal? ¿Más dioses extraños de una mitología absurda...?

—Ha sido invocado, extranjero... Y ha venido...

—No entiendo lo que dices, malditos sean tus ojos —gruñó el bárbaro, caminando con repentina prisa hacia la única montura viva en aquel horrible paraje—. Pero haré caso a tus medrosas palabras y marcharemos. No quiero enfrentar mi espada con monstruos venidos de la luna o con fieras capaces de despedazar con increíble saña a una docena de hombres.

Montó el guía en aquella bestia, que pareció agradecer a sus nuevos amos el que marchasen de aquel lugar de muerte. Y mientras continuaban su marcha Arakh se preguntó qué clase de demonio habrían invocado los sacerdotes de Bel en los inmundos sótanos de Nkai.

Pero pronto pararon de nuevo. Sus huesos habían aguantado demasiado desde que salieron de Nkai y las heridas cada vez dolían más, llenas de sangre las improvisadas vendas. No podían seguir sin descansar un poco y ambos lo sabían. Por eso decidieron parar un rato en medio de la noche y continuar una vez recuperadas las fuerzas.

La luna estaba alta. Y extrañamente rojiza, como si pidiera sangre aquella noche. Pero lo más seguro es que fuese un espejismo de sus cansados ojos, porque al momento siguiente aquella impresión desapareció y la luna volvió a ser como era siempre.

—Mi estómago gruñe como un lobo hambriento —oyó Arakh murmurar a su compañero de infortunios—. Voy a ver si cazo para calmarlo... ¿Vienes, extranjero?

—No —respondió, entregándole arco y aljaba—. Mi pierna está peor de lo que pensaba... Pero te deseo suerte y que los dioses guíen tu mano, por el bien de ambos, porque también mi estómago protesta.

—Bel me ayude, entonces...

Se marchó riendo y Arakh quedó solo, acariciando las oscuras crines del caballo para observar las heridas que alguna fiera diabólica abriera en su majestuoso cuello. Eran bastante profundas pero, para fortuna suya, no había provocado serio daño en el animal, y parecían tener mejor aspecto que sus propias heridas.

Se sentó en la caliente arena. No era cierto que su pierna estuviese peor, aunque tampoco había mejorado gran cosa... Había tenido mucha suerte aquella vez, loados fueran los dioses, porque podía haber sido mucho peor su destino, dejando la vida en la oscura Galebur.

¡Bien valía aquello una bolsa de oro, aunque no llevase consigo los ejércitos de Duran para hacer frente al Príncipe Maldito y sus huestes! Marcharía feliz hasta Valania en cuanto tuviese ocasión, con el oro prometido y la mujer que había elegido aquella vida de aventuras junto a él. No pensaba permanecer en Nkai ni un instante

más del necesario. ¡Que ardiese, por lo que a él le importaba...!

Una vez cruzada la frontera valania eso ya no le preocuparía...

Soltó su enfundada espada del cinto, como siempre solía hacer cuando descansaba en los campamentos guerreros donde le contrataban para que estuviese cerca de su diestra en caso de necesitarla. Y pronto el sueño le venció...

Algo le despertó de pronto, empero, muy poco tiempo después. Y fue el levísimo crujido de la arena a sus espaldas lo que alertó sus sentidos. Pero continuó en la misma posición, sin moverse en absoluto, dominando sus deseos de saltar, dejando que se acercase quienquiera que fuese.

Una afilada hoja de acero brilló a la luz de la blanca luna, sobre su morena cabeza... ¡Fue entonces cuando saltó, esquivando el tajo mortal que buscaba su cráneo para abrirlo como a un huevo! Ya estaba en pie, agazapado como una bronceada pantera al acecho y con la espada en su nervuda mano.

—¡Maldito perro infiel! La próxima vez no podrás esquivar mi golpe, condenada sea tu alma.

—¿Tú...? ¿Es que esta tierra está llena de traidores dispuestos siempre a matar por la espalda?

—¡Muere, demonio del norte, para mayor gloria de Nkai!

Las espadas trazaron arcos en la noche, buscando carne con la que satisfacer sus ansias de muerte. Una y otra vez chocaron con saña, hasta el punto de que volvieron a abrirse las heridas de ambos hombres, brotando una vez más la sangre para empapar la reseca arena. Pero era la mano del bárbaro la más firme, aunque fuese el vendado brazo del hombre de Nkai el que golpeaba con furia inhumana, poseído por una enloquecedora ira fanática.

Y fue la mano de Arakh la que resolvió aquella lucha un instante después de que hubiera comenzado apenas, cuando atravesó de una certera estocada al traidor.

—¿Y ahora, loco...? —rugió, sin retirar su espada, con la vidriosa mirada de su supuesto asesino fija en él—. ¿De qué te sirve ahora tu pálida diosa, salvo para morir en su nombre?

Cuando sacó la ensangrentada espada, el oscuro guía estaba muerto... Y así quedó a sus pies, convertido en un cadáver que se pudriría allí, en medio del desierto. Recordó entonces que ni siquiera supo nunca su nombre.,.

—Tebesh se me lleve si entiendo la insania de estos hombres... ¿Se ha arriesgado a matarme sólo porque juro en nombre de otros dioses? ¿Y ahora, precisamente, cuando tuvo mejores oportunidades de salvarse? ¿O acaso detrás de todo esto se oculta algo mucho más sombrío?

¿Akharis, tal vez era el inductor? ¿Hasta tal punto llegaba su fanatismo religioso, que era capaz de ordenar la muerte de un aliado, aunque no representase ningún peligro y esa alianza estuviese basada sólo en oro? Si era así, Nkai se quedaría sin sacerdote en cuanto llegase allí. Y no sería la brillante luna menguante quien pararía su espada:..

Al elevar la mirada, sintió un escalofrío. No muy lejos, en lo alto de una gran loma pelada, se recortaba una silueta ya demasiado conocida, envuelta más que nunca en densas brumas y misterio, que parecía seguirle a donde quiera que iba, como un ser vivo y no como masa de piedras a punto de desplomarse por el peso de los años... Ahora estaba allí, burlándose de él en su tenebrosa quietud, silenciosa e inmutable como siempre.

La mirada del guerrero se endureció. Sentía un pánico cerval, y todo su cuerpo se estremecía. La sola idea de acercarse otra vez a aquella fantástica torre, alucinación, pesadilla o maligna hechicería, le ponía enfermo, pero ya estaba harto de aquélla callada persecución. Si tenía que habérselas con magia extraña o con una maldición llegada de un lejanísimo pasado, así fuere. No correría como una asustada ramera de palacio, con el miedo poniendo alas a sus botas de piel.

Dejando allí su montura junto al cadáver del que fuera su guía, caminó con decisión, cojeando ligeramente, con la mirada siempre puesta en la sombría torre fantasmal.

—Brujo o diablo —murmuró entre dientes—, veremos si esas malignas artes sirven de algo contra un brazo fuerte y una bien afilada espada. Hombre o dios, yo te conjuro para que te presentes ante mí... ¡Si me oyes, ven, maldito, o haré pedazos tu torre y todo lo que hubiera en ella!

Ninguna respuesta. El silencio seguía dominándolo todo, y el herido guerrero de atezado rostro surcado de cicatrices habría corrido como un loco sobre sus propios pasos de tener los nervios algo menos templados. Sin embargo continuó, temiendo que en

cualquier momento surgiese de la torre, recinto de hechicería, aquel monstruo alado para devorarle. Volvió a pensar en Akharis, el poderoso y siniestro sacerdote de Nkai. Acaso su maléfico influjo podía manifestarse en la inexplicable traslación de aquel fantástico monolito? ¿Cuál era el horrible destino que le reservaban los hados?, pensaba Arakh.

Mas esta vez el peligro no llegó desde las sombrías alturas.

El suelo se quebró de súbito bajo sus pies, abriéndose como monstruosas fauces de un Averno inimaginable. Sus manos intentaron desesperadamente asirse a algo, pero no lo consiguió y cayó a la abierta sima llena de oscuridad, sin poderlo evitar. Poco después se estrelló en las duras piedras del fondo; éstas recibieron su cuerpo con violencia, sumiéndole en un foso aún más oscuro, formado por pesadillas turbulentas y terrores mentales contra los que no se puede luchar.

Al despertar supo que el sol todavía no iluminaba el horizonte. Y las estrellas parecían esconderse más allá de los límites de aquella grieta que se abrió de improviso bajo él... Pero aun así podía ver con cierta dificultad, y pensar con un mínimo de claridad, pues las ideas parecían escapársele por la brecha abierta en su cabeza, que empapaba de sangre sus revueltos cabellos.

Otra vez su buena estrella le había salvado la vida, pues cualquier otro cráneo menos duro que el suyo no habría resistido el impacto sin reventar como un melón maduro. Y no se puede confiar siempre en ella en un mundo tan salvaje y violento como aquel que le vio nacer, donde la suerte es algo que puede quebrarse en un momento con el filo de una espada, donde los hombres labran su destino destruyendo los de los demás con tajos mortales, peleando, luchando, matando... Y, algún día, muriendo, pues tal día habría de llegar para todos los que nacieron de madre. Pero no aún, al parecer, para el torvo y dolorido bárbaro llamado Arakh.

Agradeció a sus dioses el haberle dado una cabeza tan dura, y maldijo aquella tierra donde la Muerte se esconde bajo los mismos pies del caminante, diciéndose al memo tiempo que no sería difícil salir de aquel socavón tan repentinamente abierto. ¿Es que allí la magia estaba en todas partes, apareciendo cuando uno menos lo esperaba? Extraña era entonces aquella tierra que tenía más brujería que hombres...

Se dispuso a escalar la quebrada, pero no llegó a hacerlo. Sus ojos descubrieron algo en las sombras. Tal vez otra jugarreta de un brujo burlón... O de Akharis, el gran sacerdote de Nkai, fanático adorador de Bel, que quién sabía qué extrañas hechicerías dominaba.

Era un hueco abierto en la roca, por el que apenas cabía su cuerpo. Y sobre él, escrito en la roca como mensaje de otros tiempos, había inscripciones de una lengua olvidada que ni los más doctos suranios conocerían. Algo que antes estaba cubierto por la arena que el viento de siglos trajo hasta allí y que ahora salía de nuevo a la incipiente luz de las tímidas estrellas.

¿Casualidad...? No, algo decía al bárbaro que no era mera casualidad, que desde su llegada se habían liberado fuerzas increíbles, largo tiempo enterradas en el eterno silencio del desierto.

Sujetando la espada durania y con un gruñido, entró en la estrecha caverna, arrastrándose casi. Más de una vez estuvo tentado de no continuar, pero al ver una leve claridad al otro lado de la cavidad su curiosidad pudo más que su supersticioso temor. Después de todo, y tal como advirtió tras un rápido vistazo, allí no había nadie. ¿Qué debía temer, entonces...?

Pero ¿quién había encendido aquellas antorchas que lo iluminaban todo, desde las sorprendentemente goteantes estalactitas hasta el imponente altar de piedra situado a pocos metros? ¿O acaso llevaban años, quizá siglos, encendidas? Más allá sólo había sombras que la débil luz de las antorchas no podía dispersar, porque la gruta, que eso parecía, debía ser enorme.

Cauto, se acercó al altar. Y, al hacerlo, un escalofrío recorrió su espalda como un oscuro presagio. E intuyó más que averiguó que aquello no era en realidad un altar, sino una tumba de reyes muertos largos siglos atrás. Tal vez de los reinos que en otro tiempo muy lejano cubrieron de esplendor aquel inhóspito desierto.

No supo por qué lo hizo. De haber estado en su sano juicio, nunca hubiese tocado aquellas piedras cubiertas de polvo, pues sabía que en tales sitios siempre gravita una maldición. Y aunque bárbaro y nacido en lejanas tierras muy al norte de aquel lugar, él respetaba a los muertos, pese a los años transcurridos en la civilización. Pero en aquella ocasión no fue así, y algo le empujó a

hacer uso de toda su fuerza para levantar la pesada losa que cubría los huesos o quizá el polvo de un rey o un gran guerrero.

Cuando lo logró después de mucho esfuerzo y la losa cayó a un lado con sordo estrépito, sólo vio un montón de huesos a punto de deshacerse en oscuro polvillo entre los que destacaban los jirones de tela que en otro tiempo fueron ricas vestiduras, una brillante corona de oro y una gran espada sucia de orín... Y Arakh lo contempló todo como hechizado.

El vello de su nuca se erizó y sintió de pronto que no estaba solo allí dentro. Sus ojos no la veían pero aquella presencia existía porque, aunque nadie le tocaba, fue alzado del suelo como un muñeco, como si manos invisibles le sujetasen. Pero su espada no encontró nada en su camino, para su angustia y su desespero.

Gritó de dolor cuando sangrientos arañazos rasgaron su carne, como si zarpas salvajes que no podía ver se abatiesen sin piedad sobre él con irá animal. La sangre lo salpicó todo, mientras el pánico le avasallaba.

CAPÍTULO VI

—PARECE peor, padre...

La muchacha de oscuros y grandes ojos y ropas valanias, de rostro cubierto por un fino velo, miraba con preocupación al hombre de acartonado rostro quemado por los soles y vientos de lejanos reinos que conducía el carro. Aquél era el guía de la pequeña caravana de comerciantes que recorrían las costas de occidente desde muchos meses atrás. El gigante bárbaro se removía inquieto al lado de la joven, recostado como estaba en el carro. Los cuidados de ella no parecían suficientes para curar las heridas del extranjero de pelo negro y piel bronceada...

Enfebrecido, sudoroso, Arakh luchaba con las sombras de sus pesadillas, agitándose como poseído por enloquecidos demonios de pavorosos abismos. Sin embargo, su espada estaba lejos, descansando entré ricas telas y preciosos objetos de fina porcelana y brillante plata. No podía empuñarla, y la muchacha llegó a pensar que tal podía ser la razón de su malestar.

Gritaba de vez en cuando en un idioma que ella no entendía. Y en sus pesadillas se veía a sí mismo, coronada su frente y comandando un poderoso grupo en una feroz matanza... ¡Y su espada era la más ensangrentada en medio de la matanza! Vio ciudades cayendo bajo sus botas, brillantes espiras ardiendo en el holocausto de una guerra sin fin, de la que él era el culpable... ¡Él! Y ríos de sangre quedaban tras su paso...

—¡No! ¡Nooo...!

Despertó entonces, sobresaltado, bañado en sudor. Y lo primero que vio fue el rostro velado de la joven valania, sus ojos entre sorprendidos y asustados, fijos en él. El carro en que estaba, los jinetes de blancas vestiduras que componían la caravana..

—¿Dónde estoy, mujer? ¿Qué es esto...?

Sujetaba con fuerza la pálida muñeca derecha de la joven, que gimió con angustia. Y oyó a su espalda un extraño acento, y notó que los caballos se detenían... Al mirar, vio al viejo comerciante, pero no por eso soltó a la muchacha

—No temáis nada de nosotros — articuló la voz cascada de unos resecos labios, en la misma lengua que hablaban attalanos y hombres de Nkai, y hasta las fuerzas mercenarias donde estuvo enrolado—. Somos mercaderes en tierra extraña, guerrero... Nada podemos haceros...

—¿Nada? No, imagino que no... Pero ¿qué hago yo aquí?

—Os encontramos en el camino, sangrante y devorado por la fiebre, hablando en un idioma extraño para nosotros. No podíamos dejaros morir y os llevamos con nosotros. Debió atacaros una fiera...

Arakh se levantó con dificultades. Su cuerpo estaba cubierto por profundos arañazos ahora limpios de sangre, y su escasa indumentaria era ahora de fina seda azulada, muy diferente a los ensangrentados y sucios restos que llevara antes. Pero nada preocupó más al bárbaro que recuperar cuánto antes su acero enfundado y devolverlo a su cintura.

—Sí, eso debió suceder... Mi memoria flaquea un tanto y no lo recuerdo muy bien. ¿Está muy lejos Nkai?

—Apenas a un día de caballo, guerrero —contestó el viejo mercader, mientras su hija se retiraba silenciosa—. Pero yo no iría allí. El aire huele a muerte, extranjero. Los ejércitos de Bakrin Sha, rey de Valania, se han establecido en la llanura y se aprestan a atacar Nkai. Y es el propio Príncipe Maldito quien comanda esas fuerzas...

—¿El ejército valanio? ¿Estás seguro, viejo? ¿Cuánto hace de eso?

—Un par de días... Poco después de encontraros, guerrero.

No esperó más. Espoleado por un extraño frenesí y sin hacer caso a sus heridas, montó en uno de los caballos que iban atados al carro. Uno de los mercaderes trató de detenerle, pero su espada puso orden en el asunto al apoyarse en su pecho.

—Gracias por vuestros cuidados. Y perdonadme mi desagradecimiento, pero existe un motivo. Un motivo que me espera en Nkai. Si vais a Valania, tal vez nuestros caminos se

crucen. Entonces podré agradeceros con creces cuanto habéis hecho por mí.

Y, sin decir más, volvió grupas y rompió a galopar. Aunque reventase, aunque se desangrase por el camino, debía llegar, a Nkai... ¡Y llegaría, si la Muerte no le detenía antes!

* * *

La guerra...

En los oscuros tiempos que estas crónicas relatan era la Guerra un dios para los hombres. Un dios sanguinario y violento bajo cuyo paso países enteros se desmoronaban, pero el Hombre seguía adorándole. Tenía muchos nombres, pues en todo el orbe se le conocía. Y uno de esos nombres era Tebesh...

¡Cuánto debía disfrutar el viejo demonio con lo que sucedía en Nkai, con la sangrienta batalla que allí tenía lugar!

Por vez primera desde hacía siglos, las llanuras volvían a ver su sombra sobre ellas, y una carcajada parecía cruzar el aire como un trueno aterrador, confundiéndose con el entrechocar de los aceros y los alaridos de agonía... Y bajo la mirada triste de una luna lívida, los hombres morían y Nkai era arrasada por ceñudos guerreros invasores, por hordas acostumbradas al combate contra las que nada podían hacer las menguadas fuerzas de Cthur Ballis.

Las murallas habían sido asaltadas por cientos de guerreros, las puertas de Nkai fueron abiertas por los invasores... Y las feroces tropas del Príncipe Maldito entraron impetuosamente, vertiendo sangre a su paso, derrotando a los valientes defensores de la ciudad en combate cuerpo a cuerpo.

Y los hombres luchaban ahora sin plan de combate alguno, sin órdenes ni estrategia, matando y muriendo... Espadas contra brillantes espadas, hombres contra hombres en feroz lucha a muerte, cadáveres ensangrentados que hombres y caballos pisoteaban en el ardor del combate... Mujeres y niños acuchillados sin piedad...

Sobre todos ellos destacaba una figura, un fornido guerrero de negra armadura y mirada cruel montado sobre un potro tan negro como su alma cuyo espadón también participaba en la matanza. No podía caber ninguna duda por su aspecto, por su destreza en matar. Si era o no hijo de Astektor no importaba, pues en aquel momento sí lo parecía.

Era Bakrin Sha... Y Arakh le vio apenas entrar en Nkai y desmontar a toda prisa de su robado caballo, espada en alto. Pero no arremetió contra el Príncipe Maldito, sino contra los guerreros, fuesen de Nkai o pálidos valanios, que de pronto le acosaron.

—¡Dejadme pasar, malditos, u os enviaré de cabeza a las eternas llamas del infierno! ¡Atrás, miserables!

Su aceró abrió un camino de cuerpos destrozados. Cada arco de plata que trazaba significaba la muerte para el que se encontraba delante; aunque herido y cansado por la dura cabalgada, una ira demoníaca le infundía más fuerza qué nunca, convirtiéndole en verdugo enfurecido de todo el que hallase a su paso. Y no importaba que éstos fuesen valanios u hombres de Nkai...

Y siguió corriendo con la mirada fija en el asediado palacio, único bastión para los invadidos, que se defendían con uñas y dientes haciendo frente a las tropas enemigas. Decapitó y ensartó a un sinfín de soldados, sin mirar si era nativo o invasor. Y a cuanto jinete se le acercaba mató con auténtica saña, dejándose arrastrar por el tempestuoso huracán del combate...

¿Fue miedo lo que sintió al hallarse frente al Príncipe Maldito? ¿Fue realmente un escalofrío lo que sacudió su cuerpo al ver su fantástica armadura negra, su espada chorreante de sangre, sus ojos inyectados de roja ira al mirarle?

Esperó agazapado su ataque al ver que se dirigía hacia él. Pero la espada asesina sólo cortó el aire y no su cabeza como Bakrin Sha, pues Arakh se agachó con felina rapidez, convertido su cuerpo en un perfecto manojo de músculos y nervios que actuaban al unísono. Y cuando el diabólico hijo de Astaktor se volvió de nuevo, el bárbaro ya corría como un gamo hacia las puertas de palacio, que eran atacadas sin tregua por espadas valanias...

Cayeron todos bajo su espada curva. Y también varios guardias de piel oscura que intentaron detenerle con sus lanzas!... Fue realmente una desgracia para ellos interponerse en su avance y no cederle paso, pues el bárbaro no vacilaba ante las espadas o lanzas que apuntaban su pecho para atravesarle.

No le importó que las puertas de palacio quedasen desguarnecidas, ni que los invasores entrasen por ellas. Su atención estaba puesta en otro lugar, y hacia él se dirigía a toda carrera con grandes zancadas de sus poderosas piernas, acostumbradas a correr

por sitios peores, mientras gritaba incesantemente un nombre.

—¡Iana! ¡Iana, maldita seas, mujer! ¿Dónde estás...?

No tardó mucho en encontrarla entre los laberínticos y sombríos pasillos, corriendo hacia él con una sonrisa radiante en los labios y los ojos brillantes. Le abrazó como nunca, aunque sin soltar su sable, la mejor ayuda que podía tener en aquel momento.

—¡Arakh! ¡Bendita sea Aala, bárbaro mío, por traerte de nuevo a mi lado! Llegué a pensar que nunca volverías...

—Yo también, amada, y en más de una ocasión.:. Pero no perdamos más tiempo y huyamos. ¡Que estos locos se queden con su oro y sus guerras, mientras nosotros cruzamos las fronteras!

—Sea pues... Pero si podemos llevarnos el oro, mucho mejor. ¡Sígueme!

—¿Adonde?

Ella no contestó. Sólo echó a correr con gracia felina, sin que su brevísima armadura pudiera impedir el rápido movimiento de sus pies en la dura piedra gris de pasillos y salones. Y Arakh la siguió hasta la cámara real, donde aguardaban un pálido Cthur Ballis, su asustada reina consorte, un ceñudo Akharis que pareció desagradablemente sorprendido al verle, y una docena de guardias de oscura piel armados con alabardas.

—¡Bárbaro! —clamó impulsivamente el soberano de Nkai acercándose esperanzado por un instante—. ¿Qué ha sucedido para tan grande tardanza? ¿Vienen contigo las tropas ¿uranias?

—Me temo que no, alteza —rechinó los dientes, mirando con fijeza la faz cetrina del gran sacerdote de Bel—. El rey Abthor estaba aliado con vuestros enemigos. Apenas pude escapar con vida de sus prisiones...

—¿Estaba, dices...?

—Ahora estará aliado con los infiernos...

—¡Dioses! —gimió la reina consorte, conteniendo un ahogado sollozo—. Entonces estamos perdidos...

—Estaremos perdidos cuando muramos, Ariana amada. Mis hombres pueden rechazar el ataque y...

—¡Y moriremos todos si continuamos aquí, maldita sea vuestra sangre de reptil! —rugió el mercenario norteño, asiendo con fuerza su espada enrojecida—. ¡Las tropas valanias ya han entrado en palacio! Será cuestión de momentos que den con nosotros... ¡Y yo

no pienso quedarme aquí para cuando eso suceda!

Nadie hizo caso al bárbaro. Akhans, el gran sacerdote de Nkai, se acercó a su soberano. Mientras, Iana sujetó al iracundo norteño cuando éste intentó marcharse, y susurró a su oído que se tranquilizase, que no habían perdido tanto tiempo en aquella maldita ciudad para salir de ella con las manos vacías.

—Huyamos, mi señor —pidió la mujer llamada Ariana, con acento desgarrado—. Todo está perdido. Ya no hay nada por lo que luchar aquí, salvo por la propia vida. Y la esperanza, quizá, de que con ella Nkai pueda renacer algún día, cosa que nunca podría llegar a suceder si morís aquí atravesado por las lanzas de esos perros sanguinarios.

—¡No, majestad! —interrumpió de pronto el gran sacerdote—. ¡No escuchéis sus palabras! Debemos confiar en la diosa...

—Tu diosa nos va a llevar a la muerte, sacerdote. Los dioses sólo ayudan a los que se ayudan a sí mismos, a los que luchan. Y tu diosa es igual, digáis de ella lo que digáis. Y tal vez así sea mejor.

Las lanzas de los guardias apuntaron a Arakh, que miró como una estatua los centelleantes aceros dispuestos a perforar su pecho. Los ojos de Akharis llameaban de furia. Y Cthur Ballis hubiese dado orden de matarle si no hubiera escuchado el estruendo de decenas de botas acercándose y voces hablando en valanio...

—No, no le matéis —ordenó al instante—. Ariana y él tienen razón. De nada sirve morir aquí como perros en manos de nuestros odiados enemigos. Es mejor escapar... y rezar para que algún día podamos volver a fin de recuperar lo que es nuestro.

La mano del rey de Nkai accionó un resorte escondido en una pared. Un resorte que accionaba una entrada disimulada en el muro, obligando a moverse cierta parte de él. Detrás había un pasadizo secreto, un medio de escape para que los cortesanos dejasen el palacio en caso de peligro.

No hizo falta que el soberano de aquel reino moribundo dijese nada. Todos los allí presentes, desde los soldados hasta el propio Arakh, entraron en el oscuro túnel con algunas antorchas que alumbrasen el camino. Y lo hicieron justo a tiempo, porque en ese momento, mientras aquella parte del muro volvía a deslizarse para sellar el hueco, algunas lanzas se estrellaron en las piedras.

—Démonos prisa —aconsejó el gigante bárbaro, sujetando con

su diestra una de las encendidas teas. Iana estaba junto a él—. No creo que tarden mucho en descubrir cómo se abre esto.

Iluminados sólo por las bailoteantes antorchas, que dibujaban extrañas sombras en las paredes, dejaron atrás escalones que el tiempo había cubierto de polvo y paredes llenas de colgantes telarañas. Y al salir al fresco aire de la noche supieron que habían dejado atrás las altas murallas de la ciudad, que se hallaban cerca de las rumorosas aguas del río.

Allí había algunos caballos preparados para la huida, cuidados por un guerrero de oscura faz. Al parecer, aquello Cthur Ballis ya lo tenía planeado desde mucho antes. Y también habría planeado que la noche cubriría su fuga, sin duda.

Una mirada entre Iana y Arakh bastó para que ambos montasen con rapidez en el mismo caballo que, azuzado por el bárbaro, partió al galope. Sabía que los guerreros valanios no tardarían en llegar.

No se equivocó.

Pronto el aire se llenó de flechas que volaron hacia ellos como pájaros sedientos de sangre. Flechas que zumbaron en tomo como una mortal amenaza. Flechas que en ocasiones no fallaron...

Algunos de los guardias que escoltaban al rey de la ya conquistada Nkai dejaron su sangre en la llanura que les vio nacer y que ahora les veía morir. Y una flecha alcanzó en el flanco derecho al caballo montado por Iana y Arakh.

Hombre y mujer rodaron por el polvo. Y al levantar él la mirada vio a los jinetes valanios más cerca de lo que en un principio pensó que estarían. Sus espadas ahora se ocupaban de los inexpertos guerreros de Nkai, que sucumbían con facilidad porque nunca antes conocieron la guerra.

Los dos mercenarios venidos del norte llevaron las manos hasta sus armas, dispuestos a vender cara su vida. Y el primer valanio que se acercó dejó la suya en el sable de la mujer...

Las montañas estaban cerca. Tal vez...

En medio de la confusión, Arakh vio corriendo a Ariana, la esclava que fue reina consorte en Nkai, chillando con pánico, perseguida por un guerrero valanio. Antes de que él pudiera dar un paso, ambos desaparecieron tras un recodo de las rocas que formaban la abrupta base de la montaña...

En ese momento la lucha terminó. Todos los soldados de Nkai

habían caído y sólo había ominosos guerreros pálidos ante ellos. Las únicas espadas que se alzaban contra los invasores eran las que empuñaban el bárbaro y la mujer llamada Iana.

Aparte de ellos, sólo el sacerdote de Akharis y el propio Cthur Ballis continuaban con vida. Aunque por poco tiempo al parecer, puesto que las armas enemigas se hallaban muy cerca, espantosamente cerca.

—¡Podéis matarlos, perros! —escupió Arakh, acercándose como Iana a las rocas—. Eso no detendrá a mis pies, bien lo sabe Tebesh...

Y cuando se disponía a saltar hacia los peñascos del acantilado, una voz le detuvo, arrancando escalofríos en su espalda. Y mientras la escuchaba, sólo pudo apretar los dientes con ira.

—¡Quieto, guerrero, u ordenaré que te asaeteen como a una hiena cobarde! Date la vuelta, perro bárbaro, y mira cara a cara a tu muerte...

Sus ojos chispearon al ver 1a negra armadura brillando bajo la luna, sobre el potro de ébano que parecía salido de las sombras. Todavía podía correr, perderse en la oscuridad para salvar la vida, y estaba seguro de que ninguna flecha le alcanzaría. Pero no lo hizo. Por Iana... Por él mismo...

Su espada se volvió hacia el Príncipe Maldito. Aceptaba el reto. Si Bakrin Sha era de verdad Hijo de una divinidad infernal, de una criatura llegada de los abismos, vencería al bárbaro guerrero venido de las nieves nórdicas. Si no...

Y en ese momento, un grito espeluznante cortó la noche. Un grito de supremo terror, de agonía infinita, salida de la garganta de un hombre en el paroxismo. Pero nadie supo con certeza de dónde venía...

—¡Deteneos, estúpidos! —bramó el Príncipe Maldito desde las sombras que ocultaban su rostro tras el casco, mirando a sus sobresaltados guerreros—. ¿Deseáis acaso habéroslas con las fuerzas de la oscuridad que pululan por estas tierras? Ese estúpido, sea quien sea, ha ido más allá de donde debía.

Miró de nuevo al héroe norteño, Y puso pie en tierra, dejando el lomo de su negra montura.

—Te escapaste antes, bárbaro.—rió entre dientes—. Una hazaña que muy pocos hombres lograron antes. Serás el primero en jactarte de ello en el infierno. Y también el último... Está vez no podrás huir

y dejaras tu sangre en mi espada.

—¡Tal vez seas tú quien caiga, demonio..,!

—En mil batallas he luchado... Mil batallas he ganado, matando a hombres mucho mejores que tú. Y tú caerás también, norteño. Pero que no digan los juglares que el Príncipe Maldito asesinó cobardemente a una bestia sin cerebro. Que sea ésta una lucha justa. Espada contra espada, bárbaro...

Y se despojó de su armadura allí mismo, dejándola en el polvoriento suelo. Unos cabellos tan negros como los de Arakh brotaron bajo el casco y un rostro duro, torcido en una mueca cruel, apareció a la luz de la luna. Aquél era el hijo de Astaktor, la inmunda criatura nacida bajo el signo del Mal, a quien los hombres llamaban el Príncipe Maldito.

Su espadón quedó como única arma en su poderosa diestra, frente al templado acero duranio que empuñaba Arakh. Una risa brotó de sus labios, mientras se acercaba.

—¡A muerte, bárbaro! ¡A muerte... para ti!

Y se lanzó sobre Arakh, estrellando su espada contra la del bárbaro sin tierra. Y fue una suerte para el nómada que sus músculos fuesen auténticos manojos de cuerdas bajo la piel bronceada, que su mente fuese veloz como el relámpago, que su instinto fuese tan certero como su brazo al moverse..: y que mano y espada fueran una misma cosa, porque otro hombre no hubiese visto siquiera el acero abatiéndose sobre su cabeza.

Saltaron chispas a cada golpe que Arakh bloqueaba a duras penas, retrocediendo siempre. Sus brazos estaban fatigados. Demasiado para hacer frente a un enemigo como el que ahora tenía ante sí.

Bañado en sudor, se defendió como pudo. Y Bakrin Sha rugió con ansias de muerte, abatiendo una y otra vez su pesado espadón sobre el bronceado guerrero del norte.

Iana chilló con auténtico pánico al ver que Arakh tropezaba y caía de espaldas sobre unas rocas. Y ahogó un gemido cuando la espada del señor de Valania destelló sobre él, sin que el bárbaro intentase levantarse. Pero no pudo hacer nada por él. Cuando intentó ir en su ayuda, fuertes brazos la detuvieron. Y aunque luchó e insultó, sólo consiguió rudos golpes que dieron con ella en el suelo, arrebatándole también el sable.

—¡Ahora, bárbaro, rézale a tus dioses!

Y cuando ya la espada caía, algo sucedió que lo cambió todo de repente, sorprendiendo incluso al agotado mercenario. Una forma oscura se lanzó sobre el humano vástago de Astaktor, y el Príncipe Maldito gritó de dolor cuando la sangre brotó por las horrendas heridas abiertas en su cuerpo de súbito.

Arakh, alucinado, sólo vio unas horribles zarpas velludas que tenían mucho de humanas rasgando la carne del que fuera su enemigo, unas fauces que destrozaron la garganta de Bakrin Sha con una facilidad pasmosa, entre gruñidos de fiera asesina. Y retrocedió, sin soltar la espada.

Fueron segundos de agonía para el hijo de un dios demoníaco. Segundos que acabaron con la muerte del Príncipe Maldito a manos de aquella bestia sanguinaria que en aquellos momentos se ponía en pie sobre sus patas traseras, aullando con sus fauces ensangrentadas a la pálida luna menguante, y provocando la aterrorizada huida de los soldados valanios, que preferían la vergüenza del miedo a una muerte espantosa.

El bárbaro recordaba leyendas de su nevada tierra que hablaban de hombres que en las noches de luna se convertían en bestias casi lupinas de inusitada ferocidad asesina. Sabía que el mero metal nada podía dañarles, que la maldición que llevaban en sus venas era más fuerte que la propia Muerte. Pero también sabía que hay fuerzas poderosas que ningún demonio puede afrontar, que permanecen inmutables como armas contra los espíritus diabólicos en todos los pueblos, por primitivos que sean.

El fuego... y la plata...

—¡Mátale, hijo de Bel! —clamó entonces la voz del gran sacerdote de Nkai—. ¡Mata al bárbaro en nombre de la que es madre de todos!

La bestia miró a Arakh con ojos enrojecidos. Y gruñó, enseñando unos colmillos aterradores en lo que parecía una sonrisa diabólica.

—¡Iana! ¡Tu cuchillo!

La joven asesina de Thaaron paró su mano cuando iba a lanzarse sobre Akharis para degollarle; No entendió por qué pedía Arakh su daga, pero tampoco dudó al lanzársela para que la cogiese en el aire. Y al ver avanzar al monstruo inhumano pidió a sus dioses que su compañero y amante saliera con vida.

Sin embargo, los dioses no tuvieron tiempo siquiera para oírla...

Arakh se lanzó sobre el demonio velludo con un grito salvaje, movido más por el terror que por otra cosa, con la espada por delante. Y puso en ello tanta fuerza que la hoja atravesó la garganta de la infernal criatura y, al caer ambos, se hundió en la arena.

No le importó que las zarpas dejasen profundos surcos sangrantes en su carne... Pero el terror tampoco paralizó su diestra armada que, con un tajo preciso, instintivamente, desgarró el tórax de la bestia y hundió allí su siniestra. Después, con un violento tirón, arrancó de su pecho la ensangrentada víscera diabólica que el monstruo tenía por corazón y clavó allí su puñal, atravesándolo.

Un puñal robado por Iana meses antes... Un puñal que era de plata...

—¿Era aquel espeluznante ser diabólico trasunto de la horrorosa bestia que, surgiendo de la espectral torre de piedra, le atacó tiempo atrás?

El aullido que brotó de aquella garganta restalló en sus oídos, paralizándole, porque pese a tener mucho de infernal parecía humano. Era el mismo grito que proferiría una mujer en los umbrales de una muerte horrible. Y cuando se retiró de allí, supo la razón.

El monstruo estaba muerto. La Muerte traía consigo la paz... y la realidad. Y no era un cuerpo cubierto de vello rojizo, apestoso y cubierto de sangre, lo que quedaba, sino un hermoso cadáver de mujer, desnudo y ensangrentado, con la garganta hendida por una espada y el pecho abierto por un cuchillazo atroz, con su amputado corazón en la arena.

—Dioses... —jadeó Arakh, lívido—. No... He matado a una mujer...

—¡Ariana! ¡Ariana! ¡No! ¡Nooo...!

Cthur Ballis se arrojo sobre el cadáver de la que fuera su amada, hincando la rodilla en la arena mojada de sangre caliente. Lloraba. Y la corona cayó de su cabeza morena...

El puño de Arakh enrojeció al apretar la daga con fuerza. Sus ojos se clavaron en Akharis, el fanático sacerdote de Bel, que intentaba huir. Pero el bárbaro fue más rápido.

—¡Tú! ¡Tú fuiste quien invocó a ese demonio! ¡Por tu culpa he matado a una mujer!

De nada sirvió que clamase a su pálida diosa. Arakh le degolló allí mismo, poseído por la cólera. Y cuando alzó la mirada, la luna estaba roja. Roja como la sangre que teñía su puñal…

Sumido en un torvo silencio, pensativo, volvió con Iana. Ella había recuperado su espada… Arakh se agachó y cogió la caída corona de Nkai, sin osar interrumpir los sollozos del que ahora era un rey sin reino ni esposa, un hombre destrozado por dentro…

Arakh suponía que los mercaderes valanios darían bastante por aquella corona, aunque ya no hiciese rey a nadie…

—Vámonos, Iana —apremió—. En este territorio hay demasiada magia para mi espada. Demasiada hechicería…

Una vez más, en el transcurso de los siglos, el inescrutable Destino impedía desvelar el estremecedor conjunto de misteriosos sucesos, provocados quizá por influencia astral desde lejanos cielos.

Iana y Arakh se marcharon abrazados, perdiéndose en las sombras. Detrás, Nkai ardía…

FIN